

# REVISTA EUROPEA.

Núm. 132

3 DE SETIEMBRE DE 1876.

AÑO III.

## LAS LEYES DEL DESARROLLO RELIGIOSO

SEGUN M. C. P. TIELE.

El concepto de una *ciencia de las religiones* es muy reciente; no ha podido nacer mientras ha durado el reinado de los viejos dogmatismos. Para un católico del siglo XVII, por ejemplo, la idea de un desenvolvimiento histórico de la religion hubiera sido una idea sin sentido. A sus ojos, la Iglesia conservaba el depósito de la verdad absoluta, revelada por Dios mismo, é inmutable como él. Fuera de esta idea no había lugar más que para mitologías extrañas en que sobrenadaban, en medio de un océano de errores, algunos restos de una revelación primitiva, desconocida por la perversidad humana ó corrompida por las sugerencias del demonio. La filosofía del siglo XVIII se colocaba en otro punto de vista tan poco científico como el precedente: sólo veía en los dogmas los tristes frutos de la ignorancia y de la superstición, ó atrevidos engaños inventados por el clero para afirmar su poder sobre la credulidad humana.

Pero si se admite, por una parte, que la verdad no está contenida toda entera en ninguna de las formas religiosas actuales, y, por otra parte, que la religion responde, no á una tendencia efímera y pasajera, sino á una necesidad permanente del espíritu humano, habrá que pensar en estudiar las leyes del desenvolvimiento religioso.

Esto es lo que ha hecho M. Tiele en un erudito trabajo, del cual vamos á resumir las principales conclusiones. El sabio profesor de la Universidad de Leyde, cuyas investigaciones sobre los cultos de la antigüedad gozan de merecido renombre, no cree que, en el estado actual de nuestros conocimientos, sea posible crear en todas sus partes la ciencia religiosa. Antes que pueda emprenderse sin temeridad semejante tarea, es preciso que se hayan descrito y caracterizado todas las religiones, y que se las haya sometido á una clasificación rigurosa; es preciso, en una palabra, que su historia comparada no presente oscuridades ni vacíos. Esta obra preparatoria no se ha realizado, ni mucho menos. Sin embargo, está ya bastante adelantada y se puede intentar una determinación de las leyes más importantes del desenvolvimiento religioso. M. Tiele ha querido simplemente investigar en qué consiste ese desenvolvi-

TOMO VIII.

miento, qué marcha sigue en los diferentes pueblos y en las diversas épocas, y cuáles son las circunstancias que lo favorecen ó lo contrarían.

I.

El primer desenvolvimiento de la religion consiste en su propaganda, en el ensanche del círculo en que reina, en la fusión y la asimilación de los cultos primitivos. Así se ven nacer y proceder, las unas de las otras, las religiones patriarcales, las religiones de las tribus y las religiones nacionales. La historia, es verdad, no nos da sobre las primeras ninguna noticia exacta; pero la huella de su existencia se encuentra muy claramente en los ritos y las creencias pertenecientes á una época más adelantada. El vedismo, por ejemplo, es manifestamente un agregado de cultos patriarcales mezclados é íntimamente penetrados bajo la influencia de causas diversas. Entre los griegos y entre los romanos, los genios tutelares de los individuos y los dioses del hogar y de la familia han sido objeto por mucho tiempo de una adoración más ferviente que las divinidades colocadas en una categoría más elevada en la gerarquía celeste.

Las religiones nacionales se derivan á su vez de las religiones de tribus. Muchos testimonios lo indican, como, por ejemplo, la célebre fórmula usada entre los romanos: *Dii majorum et minorum gentium*, y la que, en las inscripciones cuneiformes de los Persas, acompaña frecuentemente al nombre del gran dios nacional Ahuramazda: *Hadâ vithibus bagaibis* (con los dioses de las tribus). Entre los egipcios se reconocen fácilmente, en los cultos locales ó provinciales, los detalles de las religiones de tribus de que se ha formado la religion nacional.

En el grado inmediatamente superior vienen á colocarse lo que M. Tiele llama las *comuniones religiosas*. Éstas forman la transición entre las religiones puramente nacionales y las religiones universales ó católicas, y se distinguen de las primeras en que admiten en su seno extranjeros á título de prosélitos, y de las últimas en que no han roto enteramente con el principio de la nacionalidad; pero lo que las caracteriza sobre todo es la noción de una revelación y de un dogma definido. El brahmanismo ha atribuido una autoridad divina á los *Védas*, libros que durante el período anterior sólo eran considerados como una colección de himnos piadosos. La reforma de Esdrás ha hecho

dar un paso análogo al judaísmo y constituido el cánón de los libros sagrados. Por una consecuencia necesaria, la idea de una fe comun tendió á prevalecer sobre la de una patria comun.

La teoría de M. Tiele descansa en esto en un terreno sólido. Hasta aquí, para establecer que las diferentes formas religiosas habían salido, por vía de desarrollo, de formas más groseras y más estrechas, sólo había podido apoyarse en verosimilitudes é inducciones; ahora puede invocar hechos históricos incontestables. Todas las comuniones religiosas han sido en su origen religiones nacionales, y documentos verídicos nos hacen conocer cómo han salido gradualmente de ellas.

Por un progreso análogo, las religiones universales se han desprendido de las comuniones religiosas. El budismo procede del brahmanismo, y el cristianismo del judaísmo. El islamismo, es verdad, ha sucedido sin intermediario á la antigua religion de los árabes, pero ha tenido desde su origen un carácter universalista. En su primera fase no tendia á salir fuera de los límites de la Arabia. Se puede decir que esta primera fase constituye por sí misma la transición que se busca y llena la misión que hemos atribuido á las *comuniones religiosas*.

## II.

A medida que la religion ensanchó su dominio y su círculo de acción, rompiendo sucesivamente los lazos que la encadenaban á la familia, á la tribu y á la nación, se produjo paralelamente en la idea religiosa un triple desenvolvimiento; sus formas se hicieron más y más racionales, su contenido se esclareció, y el sentimiento religioso revistió un carácter más y más moral.

A los mitos primitivos de la tribu, que consistían ordinariamente en interpretaciones arbitrarias de los fenómenos naturales, sin lazo alguno que los uniera unos ó otros, sucede en las religiones nacionales una verdadera mitología. Los mitos revisten una forma regular y se agrupan en sistema; se empieza á darles una significación moral; los dioses no son simplemente fuerzas de la naturaleza; se distinguen de los mitos y se elevan por encima de éstos. En las *comuniones religiosas* se ve aparecer un dogma obligatorio que se apoya más frecuentemente sobre la autoridad de un libro revelado; las religiones *universales* conservan esta idea fundamental de una revelación divina; pero el dogma tiende á ponerse en armonía con los resultados de las investigaciones filosóficas y se resuelve poco á poco en preceptos y en máximas morales. Al mismo tiempo la noción de la divinidad se eleva y se depura. Esta transformación es bien notable en la religion de los egipcios. Amun-Rá no era en su origen más que un dios local de Tébas; presidía

la guerra y la fertilidad; poco á poco reconcentraron en él todos los atributos de las principales divinidades, y se convirtió en el dios oculto que se manifiesta y se revela en la luz, el dios del sol y del Nilo, el dueño soberano del mundo visible y del mundo invisible, el alma misteriosa del universo. El mismo Jahveh (Jehová) de los hebreos, antes de ser considerado como el Dios único, oculto é invisible, ha sido primero objeto de una concepción simplemente naturalista, que más tarde se hizo antropomórfica, y, por último, pero solamente en época reciente, puramente espiritualista. Por todas partes se ha concebido primitivamente á la divinidad como una fuerza propicia ó enemiga; después la idea de justicia viene á unirse á la de poder, y mucho más tarde se atempera por la de bondad y misericordia. La noción de la omnisciencia divina es sugerida por el sol, cuya mirada abrasa la tierra entera, y por los millones de estrellas que parecen otros tantos ojos abiertos sobre el mundo. De aquí la idea religiosa se ha elevado á la concepción de la sabiduría divina. De la idea de pureza, simbolizada por el fuego purificador, se ha pasado á la de la santidad moral, y sólo cuando ha llegado á un grado superior se ha podido pronunciar esta frase: «Dios es amor.»

El sentimiento religioso se depura y se ennoblece al mismo tiempo que la concepción de la divinidad; el temor hace lugar á la veneración y á la confianza. Los ritos y los símbolos subsisten mucho tiempo sin alteración, pero tomando significación nueva. Se han realizado siempre ceremonias tradicionales según las mismas formas, pero persiguiendo distinto objeto. El hombre de la naturaleza se esforzaba en conjurar, por medio de prácticas á que atribuía un poder mágico, la malquerencia de sus dioses, más poderosos que él, pero no mejores. Después, y esto es ya un progreso, les ofrece alimentos, porque sin estos no estarían en estado de ayudarle, ó intenta comprar sus favores por medio de presentes. Más tarde, las ofrendas no son más que un testimonio de gratitud hacia los dioses dispensadores de todos los bienes (θεοὶ δωγηταὶ ἐσίων), y se conserva una secreta esperanza de que, conmovidos por el reconocimiento de sus adoradores, no dejarán de colmarlos de nuevos favores. Esta es la época de los sacrificios propiciatorios y expiatorios y acciones de gracias. Por último, se llega á concebir la divinidad como bastándose plenamente á sí misma, sin que el hombre pueda por sus dones añadir nada á su felicidad y á su gloria. Sólo mira al corazón, y no pide otros sacrificios que la contrición interior y la pureza de la vida. Hé aquí el más alto grado que puede alcanzar la piedad. Todo el desenvolvimiento de la vida religiosa está entre estos dos polos opuestos: la divinidad obligada por medio de fórmulas

mágicas á servir los deseos del hombre, y el Dios perfecto al cual se le dice con todo el corazón: «Hágase vuestra voluntad y no la mia.»

### III.

Tal es, bosquejada á grandes rasgos, la marcha que ha seguido en todas partes y en todos los tiempos el desenvolvimiento de las religiones. Pero no debe creerse que todas participan de este desenvolvimiento. Las hay que, desde las primeras edades del mundo, han permanecido estacionarias, y que se apoyan todavía hoy en las más groseras supersticiones.

El progreso religioso no es, pues, una cosa fatal y necesaria. Sólo puede realizarse en ciertas condiciones, de las cuales ha formulado M. Tiele la primera en estas palabras: *La necesidad de un desenvolvimiento religioso sólo se manifiesta allí donde se ha realizado un progreso en el desenvolvimiento general.*

La opinion contraria ha prevalecido por mucho tiempo, y aún hoy piensan muchos que la religion es completamente independiente del grado de civilizacion. Los hechos protestan contra esta teoria. El progreso religioso no se realiza en ninguna parte sino despues, y como consecuencia, del progreso general. El *Zend-Avesta* da claramente á entender que el paso de la vida nómada y pastoril á la vida sedentaria y agrícola ha abierto las vías á la renovacion religiosa que lleva el nombre de Zoroastro. La reforma operada por Samuel no fué posible sino despues que los israelitas dejaron de ser falanges guerreras y estuvieron iniciados en la civilizacion de los cananeos. El reinado de Salomon precedió al magnífico movimiento religioso de los siglos VIII y IX. Los árabes entre quienes realizó Mahoma su obra habían llegado, bajo ciertos puntos de vista, á un grado de civilizacion muy avanzado; solamente su religion había quedado atras; muchos de ellos abrazaban el cristianismo ó el judaismo para encontrar la satisfaccion de sus necesidades intelectuales y morales. La conversion del mundo al cristianismo se ha realizado en el seno de la civilizacion más desarrollada que nunca conoció la antigüedad, y en los tiempos modernos la reforma del siglo XVI ha seguido al Renacimiento.

El olvido de esta condicion necesaria es la principal causa del poco éxito obtenido por las misiones cristianas entre los salvajes. Sólo han dado resultados notables allí donde, como en las islas Sandwich, en las Celebes ó en el Sur de Africa, se empezó por civilizar á los naturales ántes de intentar hacer prosélitos.

En todas partes las conquistas de los misioneros han sido más aparentes que reales; los recién convertidos recitan sin comprenderlas las fórmulas que

se les enseñan, y conservan en el fondo de sus corazones las supersticiones antiguas. Por esto los indios de la América del Sur esperan que el misionero católico haya concluido sus oraciones sobre una tumba para sepultar en seguida al lado del muerto las armas de que se había servido en vida, conforme á los ritos de la religion destronada.

Véase lo que ha llegado á ser el cristianismo en Abisinia ó entre los mugiks rusos. Véase lo que han hecho los aldeanos italianos ó los del Mediodía de Francia. Diríase que entre ellos el paganismo está siempre vivo y que solamente han cambiado los nombres; en algunos puntos hasta el santo de la aldea conserva el nombre de alguna divinidad local á quien ha reemplazado, y el culto que se le da apenas está modificado. Las fuentes milagrosas operan todavía curaciones como en los tiempos en que se creía en las náyades.

Los antiguos cultos no mueren mientras el estado de espíritu con el cual estaban en armonía no da lugar á otro estado de espíritu más elevado. Esta observacion la hizo por primera vez Taylor, quien dedujo de ella lo que ha llamado ley de *superioridad* y de *renacimiento* (*survival and revival*). La ley de Taylor podría formularse así: «Las antiguas ideas y los antiguos usos persisten sin alteracion en las capas inferiores de la poblacion, y cuando las circunstancias son favorables, toman de nuevo vida y se hacen lugar en el sistema dominante, despues de modificarse para ponerse en armonía con la nueva manera de pensar.»

La causa de este fenómeno notable es fácil de encontrar. No habiendo llegado todavía las clases inferiores al grado de desarrollo intelectual que hace necesaria una reforma, aceptan exteriormente los cambios realizados y permanecen en el fondo del corazón unidos á la religion de sus padres, que corresponde mejor á su nivel moral. Muchos siglos despues de la conversion de los Germanos al cristianismo, la mitología odínica ejercía todavía influencia entre ellos. Taylor ha deducido de las tradiciones populares y de las prácticas supersticiosas, la influencia de ideas paganas todavía vivas en nuestras sociedades cristianas. La tenacidad de las antiguas creencias se manifiesta por la fe en la magia, en las apariciones y en los fantasmas, que no ha dejado de reinar en los campos. Frecuentemente, en los momentos de debilidad y de crisis, cuando la religion dominante ha perdido su imperio, esas antiguas supersticiones adquieren de nuevo influencia, y con profunda estupefaccion de las personas ilustradas, se hacen lugar hasta las capas superiores de la sociedad. El espiritismo moderno no es más que la resurreccion de los antiguos cultos animistas y fetiquistas; sin embargo encuentra adeptos en las clases educadas y las induce, por

encima del cristianismo y aún del politeísmo griego y romano, hasta las concepciones religiosas más groseras de la infancia de la humanidad.

#### IV.

La segunda condicion del desenvolvimiento religioso consiste, segun M. Tiele, en cierto equilibrio entre el principio de autoridad y el principio de libertad; en otros términos: es preciso que la tradicion histórica se tome como punto de partida del progreso.

Es incontestable que la existencia de un sacerdocio fuertemente constituido, guardian é intérprete de una tradicion inmutable, opone un obstáculo casi invencible á todo desenvolvimiento ulterior. Una congregacion de clérigos, investida de una autoridad infalible, no puede tolerar los razonamientos y las investigaciones científicas sino en el caso de que los resultados estén de antemano previstos y determinados. Debe reprimir los menores indicios, bajo pena de renegar de su propio principio; no puede permitir que se ponga en duda ninguno de los artículos de la doctrina de que es depositaria. Toda idea nueva es y debe ser á sus ojos un atentado contra la revelacion, un atentado sacrilego que es preciso prevenir ó reprimir.

Pero si el despotismo sacerdotal es un mal, no se debe deducir que sea un bien la ausencia de guías ó conductores espirituales. M. Tiele considera igualmente funestos los excesos opuestos del individualismo sin freno y de la servidumbre de las conciencias.

En todos los sitios en que los ministros del culto, ya sean clérigos, magos ó curanderos, son los instrumentos pasivos de la multitud ignorante, la marcha ascendente de la religion se detiene. La anarquía intelectual produce el mismo resultado que la tiranía sacerdotal; una y otra tienden á hacer predominar un elemento inferior, que es, en el primer caso, el sistema de los siglos precedentes, y en el segundo, la supersticion de la multitud ignorante.

Nada es más favorable al desenvolvimiento religioso que la existencia de un cuerpo de teólogos ó doctores reconocidos como guardianes de la tradicion, siempre que no estén investidos de una autoridad soberana, y que á su lado los iniciadores religiosos puedan hacer oír libremente su palabra. Así sucedió durante el período más vivo y más fecundo del judaismo, cuando enfrente de los sacerdotes encargados de transmitir á las nuevas generaciones las doctrinas que habian bastado á las precedentes, los profetas y los sabios despertaban en el pueblo un fervor hasta entónces desconocido y le enseñaban á formarse de Jahveh una idea más alta y más pura. M. Kuenen, en su excelente libro sobre la religion de Israel, ha demostrado que la formacion del sa-

cerdocio de Jerusalem ha ayudado poderosamente á la causa del progreso religioso.

Lo mismo sucedió á la religion de los judíos durante el período védico, cuando los brahmanes no se habian apoderado todavía de una autoridad soberana sobre las conciencias y no habian aniquilado el poder de la aristocracia. Tambien sucedió lo mismo en el helenismo, cuyos sacerdotes no se han arrogado jamás el derecho de imponer silencio á los poetas y á los filósofos, y hasta en el seno del catolicismo, mientras la predicacion ha gozado de alguna libertad y las iglesias nacionales han sabido defender su independencia.

Esta necesidad de una tradicion, y, por lo tanto, de un sacerdocio organizado para conservarla, se explica por sí misma, si se considera que el desenvolvimiento religioso, como todos los demas, está sometido á la ley de continuidad. Una religion no se improvisa, sino que se desarrolla. Lo que se toma por una innovacion no es más que una trasformacion. Un dogma nuevo no es más que una interpretacion nueva de un dogma antiguo. Las religiones más elevadas se unen de este modo por una cadena no interrumpida á las religiones más humildes. Tomemos por ejemplo el culto de los animales. No se puede negar que no haya sido en su origen puramente fetiquista. Se adoraba á un animal á causa de la fuerza que poseía ó del poder misterioso que se le atribuía. El leon, el tigre y el oso eran seres temibles y temidos; el camello en Siberia y el caballo en Méjico eran animales extraños y desconocidos, cuya introduccion se hizo con circunstancias que llenaron de terror á los habitantes. Al primero le atribuyeron los indígenas la viruela importada por las caravanas; el segundo pasó por el dios de la tempestad y de los relámpagos, á causa de las armas de fuego de los caballeros españoles. En Egipto el culto de los animales se despojó de su carácter fetiquista para revestir un carácter simbólico. El buey Apis, adorado primero simplemente como buey, como dios *Hapi*, se convirtió despues en el símbolo de Osiris. Entre los griegos se dió un paso más, como lo prueban unas antiguas representaciones de Ateno que se han encontrado con cabezas de animales; pero, en general, los animales no figuran en la mitología helénica sino como los compañeros y los servidores de los dioses. El águila se atribuía á Zeus, el caballo á Poseidon y la paloma á Afrodita. A una mision casi análoga han quedado reducidos en la mitología católica los animales asociados á los evangelistas.

El espíritu de innovacion que se manifiesta hoy por la creacion de nuevos dogmas y de nuevas fórmulas, se manifestaba otras veces por la creacion de dioses nuevos. Pero esos dioses eran en el fondo idénticos á los que los habian precedido, y éstos,

al cederles la plaza, no dejaban de subsistir por eso; solamente volvían á descender á un rango inferior y pasaban al estado de *dei minores*, algunas veces de héroes ó de genios.

Aun en el caso de que el cambio de culto no se realizara sino despues de una lucha más ó menos violenta, las divinidades destronadas continuaban llenando la imaginacion de los pueblos bajo la forma de genios malhechores. Los más poderosos de los dioses védicos, Indra y Çarva, están relegados por el *Zend-Avesta* al mundo infernal; los *devas*, reverenciados por los Indus, han llegado á ser entre los persas los espíritus del mal, y los cristianos han dado á los diablos el nombre de demonios que poseían entre los griegos las radiantes divinidades del Olimpo.

## V.

*Para que una reforma sea duradera es preciso que sea natural y no artificial*; en otros términos: el cambio de las formas religiosas no puede ser la causa de la elevacion de la conciencia religiosa; es, por el contrario, la consecuencia.

La historia nos ofrece innumerables ejemplos de reformadores que han fracasado completamente en tentativas para las cuales la masa de la nacion no estaba suficientemente preparada. Aménophis IV en Egipto, Ezequías en el reino de Judá, pusieron inútilmente todo su poder al servicio de ideas religiosas más puras que las de sus contemporáneos; la Convencion francesa tampoco obtuvo éxito alguno cuando intentó sustituir el catolicismo por el culto de la Razon; sólo consiguió hacer de las iglesias un teatro de exhibiciones grotescas. El ensayo sucumbió á las risotadas que provocaba su ridiculez, y en breve la antigua religion, que se creía muerta, echó nuevas raíces con un vigor inesperado.

Toda exageracion exige una reaccion en sentido contrario, y las religiones no forman excepciones de esta regla. Cuando han agotado todo lo que su principio contenía de útil y de fecundo, se deslizan hasta la exageracion, y entónces caerían en una decadencia irremediable sin esa reaccion saludable que las salva y conduce á la humanidad por la vía del progreso verdadero. Las épocas de decadencia religiosa no son más que épocas de transicion; las fuerzas vivas de la naturaleza humana parecen dormir; en realidad están trabajando en concepciones nuevas, más anchas y más comprensivas. El progreso religioso se realiza así por una serie de reacciones sucesivas tanto como por desenvolvimiento directo.

No es esta una fórmula arbitraria como la famosa trilogía de la tésis, de la antítesis y de la síntesis, sino la expresion de una ley verdadera deducida de la observacion. ¿Qué ha sido el cristianismo primi-

tivo con su glorificacion del espíritu y su concepcion de un Dios padre de todos los hombres, sino una reaccion contra el espíritu estrecho y formalista de la sinagoga? El espiritualismo cristiano de los siglos siguientes fué del mismo modo una reaccion contra el materialismo pagano. El despotismo de la iglesia romana en la Edad Media y su doctrina del mérito de las obras indujeron á su vez al protestantismo á proclamar la libertad de conciencia y la salvacion por la fe. El estricto monoteísmo del Islam fué una reaccion contra el politeísmo cada vez más exuberante de los árabes contemporáneos de Mahoma, y el budismo igualitario una protesta contra la separacion rigurosa de las castas.

La historia religiosa de la humanidad nos presenta en cada página ejemplos de esas reacciones fecundas, cada una de las cuales realiza un progreso. Nada es más propio para inspirarnos sentimientos de benevolencia y de justicia hácia nuestros adversarios. Así llegamos á reconocer que las tendencias más diversas tienen un derecho legítimo á la existencia, y que cada una de ellas tiene una mision que realizar, porque ninguna posee la verdad absoluta. Hé aqui el fundamento de la verdadera tolerancia que perdona de buena voluntad todos los errores porque sabe que esos errores no reinarán más que en su tiempo, y ve en la diversidad de los sistemas y en sus contradicciones la condicion esencial del progreso.

## VI.

Sería prematuro, en el estado actual de la ciencia, intentar determinar la ley general del desenvolvimiento de la religion. Sin embargo, sabemos ya con bastante precision lo que ha sido ese desenvolvimiento en el pasado, para sacar algunas conclusiones sobre el porvenir religioso reservado á la humanidad.

No existen más que tres religiones de carácter universal que puedan aspirar á extender su dominacion sobre el globo entero. Si una de ellas debe vencer un dia á las demas, lo cierto es que la cristiana debe ser la vencedora. El budismo, arrojado de la India, su patria originaria, sólo reina en las regiones más orientales de Asia. Nunca ha hecho prosélitos entre los cristianos, y en todas partes en que se ha encontrado en contacto con el mahometanismo ha retrocedido tambien. El mahometanismo, á su vez, pierde terreno en Europa y en el Asia Occidental, y sólo hace conquistas entre los pueblos ignorantes y groseros del centro de Africa. Solamente el cristianismo contiene en sí mismo un germen de progreso indefinido; puede despojarse de todo particularismo y de todo espíritu sectario sin dejar de ser fiel á la doctrina de su fundador; al cristianismo, pues, pertenece el porvenir.

En efecto, siempre que en el pasado han entrado en conflicto dos religiones, ha vencido la más pura, la más elevada. La lucha puede ser larga, la victoria definitiva puede retardarse por tenaces preocupaciones, por vanidades nacionales ó por adhesiones ciegas á creencias hereditarias; el poder secular puede abrazar la defensa de un culto atrasado y prolongar la resistencia; pero, á pesar de todos los obstáculos, la religion superior concluye siempre por triunfar. El fanatismo judío en Palestina y el despotismo imperial en el mundo romano, quisieron sofocar al cristianismo naciente, pero no lo consiguieron. Es verdad que en el siglo VII las victorias de los árabes implantaron violentamente el islamismo en casi todas las provincias cristianas de Asia; pero el cristianismo oriental estaba de tal modo degenerado, que se puede dudar de su superioridad sobre la doctrina de Mahoma. Se han visto personas abandonar sus creencias por otras ménos puras; pero pueblos enteros jamás dan tales caídas, como no sea aparentemente, bajo la presión de la fuerza y sólo por algun tiempo.

De todos estos hechos deduce M. Tiele, con bastante verosimilitud, que el progreso religioso está determinado por una especie de *seleccion racional*, diferente de la *seleccion natural* en que implica una libre eleccion y una voluntad consciente de sí misma; y formula esta ley en los siguientes términos, que pueden considerarse como la conclusion y el resumen de su excelente trabajo: «La religion más desarrollada debe vencer, á la larga, sobre las ménos desarrolladas, y el elemento razonable y moral concluye por prevalecer siempre sobre los elementos inferiores.»

C. VINCENS.

#### PROSIGUESE EL PENSAMIENTO DE LAS CARTAS ANTERIORES.

AL SR. D. GUMERSINDO LAVERDE RUIZ,

CATEDRÁTICO DE LITERATURA EN LA UNIVERSIDAD  
DE VALLADOLID.

Mi docto y entrañable amigo: Apuntados quedan en anteriores epístolas los dos medios primeros é indispensables para facilitar el conocimiento de la antigua ciencia española y poner término (si posible fuere) á las eternas é insensatas declamaciones contra ella, inspiradas por la ignorancia y el fanático espíritu de secta á nuestros rimbombantes *sabios*, y dócilmente repetidas por la *juventud dorada*, que los venera como oráculos. Hoy me toca dar fin á esta materia, indicando otros recursos para atajar el mal que lamentamos, recursos tan importantes ó más que los diccionarios bibliográficos y los estu-

dios expositivo-críticos, y de cierto más generales y más en grande concebidos, pero que no exigen explicacion tan larga y menuda (*detallada* diría alguno) y pueden sin dificultad agruparse. Y como está de Dios que estas cartas han de tener siempre algo de polémica, y que yo, con ser de natural tan inofensivo como usted sabe, he de reñir forzosamente con los *filósofos* á cada triquitraque, me haré cargo, después, de las rotundas aseveraciones de otro Mr. Masson, y de primera magnitud, que ya tenemos en campaña. *Dios los cria y ellos se juntan.*

Entrando en el primero de los puntos que hoy me propongo exponer, diré dos palabras de la creacion de nuevas cátedras en los doctorados de las facultades, proyecto ya indicado en mi primera epístola, gérmen de todas las restantes.

Ya ha reunido la *bibliografía* los materiales; ya han sido aquilatados en las *monografías expositivo-críticas*; tenemos ya elementos para la historia de la ciencia española en sus diversas ramas; ¿qué falta, pues? Dos cosas aún: primera, enseñar esa historia; segunda, escribirla. Ahora bien: entrambas cosas pueden realizarse á la par, y conviene que se realicen. ¿Cómo? Creando esas seis cátedras, dotándolas dignamente é imponiendo á sus profesores la obligacion de hacer con extension y profundidad la historia de las respectivas disciplinas en España.

La enseñanza en España apenas tiene de española en el día más que el nombre; está casi del todo desligada de nuestra tradicion científica, y los esfuerzos de muchos sabios profesores no bastan para infundirle el carácter nacional de que mucho há la despojaron las torpezas oficiales. Las obras de texto que corren en buena parte de nuestras aulas son extranjeras, extranjeros los autores que en ellas se citan, extranjeras las doctrinas en ellas enseñadas (y malas, que es lo peor, pues al cabo la verdad no tiene patria, aunque aparece con muy diversas formas, que importa respetar, segun las condiciones del suelo, el carácter y la historia de las razas); todo extranjero. Ha reinado aquí una insensata manía de remedar fuera de propósito todo lo que ultrapuetos estaba en boga; y sin pararnos en barras, importamos (siempre tarde, mal y á medias) teorías, libros, planes de enseñanza, programas, todo á medio mascar y sin cuidarnos de si encerraban ó no elementos discordantes. Así, nuestro actual sistema de estudios es un mosaico en que hay de todo y para todos gustos, ménos para el gusto español puro y castizo. En nuestras cátedras se puede aprender la historia de la filosofía india ó china, pero no la de la filosofía española: de la escuela *Vedanta* y de la *Mimansa* saldrán muy enterados los discipulos, que tal vez no hayan oido en su vida mentar el *suarismo*; de Gotma y de Patandjalí sabrán divinidades, pero ni una palabra de Luis Vives

ó de Foxo Morcillo. Tal vez asistirán á cátedras de literatura latina en que no oigan hablar de Séneca, ni de Marcial, ni de Lucano. ¡Y gracias si vergonzantemente y como de limosna tenemos un poco de literatura española agregado á la *literatura general* en un solo curso, y una cátedra, *una sola*, á ella exclusivamente dedicada en el doctorado de la facultad de Letras, cátedra que (para ignominia nuestra) estuvo *suprimida* durante algunos años! Y si esto se hace tratándose del arte literario ibérico, por todos estimado como uno de los más ricos, espléndidos y poderosos que ha producido la fantasía de ningún pueblo, ¿no sobra motivo para afirmar que si tal estado de cosas continúa, ha de llegar día en que renequemos hasta de nuestra lengua y de nuestra raza, y acabemos de convertirnos en un pueblo de babilónicos pedantes, sin vigor ni aliento para ninguna empresa generosa, maldiciendo siempre de nuestros padres, y sin hacer nada de provecho jamás? Sólo un antídoto puede oponerse á tanto daño: el cultivo *oficial* de la ciencia española, el establecimiento de esas seis cátedras, cuyos títulos repetiré, aunque peque de prolijo:

- Historia de la teología española.
- Historia de la ciencia del Derecho en España.
- Historia de la medicina española.
- Historia de las ciencias exactas, físicas y naturales en España.
- Historia de la filosofía española.
- Historia de los estudios filológicos en nuestro suelo.

Y como la historia de la literatura española es de suyo tan extensa y raya en imposibilidad absoluta el exponerla en un solo curso, además de la cátedra general hoy dignamente desempeñada por un profesor sapientísimo, conviene establecer las cuatro siguientes:

- Historia de la literatura hispano-latina.
- Historia de las literaturas hispano-semíticas.
- Historia de la literatura catalana.
- Historia de la literatura galaico-portuguesa.

La primera debiera establecerse en la Universidad de Salamanca, emporio un día de los estudios clásicos; la segunda en la de Sevilla ó Granada; la tercera en la de Barcelona, y en la de Santiago la cuarta, pues no parece justo que Madrid disfrute de todo género de ventajas y preeminencias, ántes conviene vigorizar el espíritu provincial en donde quiera. Cuanto á las *seis* cátedras primeras indicadas, convendría asimismo distribuir las entre nuestras *provincias universitarias* para evitar su centralización en la corte; pero atendiendo á la mayor comodidad de profesores y discípulos, á la abundancia mayor de libros y medios de investigación y á otras consideraciones hoy ineludibles, fuerza será agregarlas á la *Universidad* llamada (con irritante

distinción) *central*, y aguardar el día en que puedan extenderse tales estudios á los otros nueve centros de enseñanza superior que en España poseemos. No existiendo hoy *facultad de Teología* en las Universidades, y no enseñándose (por desdicha grande) los elementos de la ciencia de Dios y de sus atributos en la *facultad de Filosofía*, á la cual debieran servir de corona, la *historia de la misma entre nosotros* habrá de guardarse para el gran *Seminario central*, cuya necesidad, cada día más urgente para la Iglesia y para la nación, ha sido encarecida por usted en diversas ocasiones.

Los catedráticos de estas nuevas asignaturas, retribuidos con ménos mezquindad de la que aquí se acostumbra, habrían de unir á las tareas de la enseñanza la composición de libros, en que largamente diesen á conocer el desarrollo de cada una de las ciencias en España, á la manera que el ilustrísimo Sr. D. José Amador de los Ríos ha escrito con diligencia suma, alto sentido filosófico y erudición pasmosos la *Historia crítica de la literatura española*, lastimosamente interrumpida en su publicación há no pocos años (1).

No faltará quien censure, y con apariencia de fundamento, la protección oficial concedida á la ciencia española. Para no incurrir en grandes errores conviene distinguir cuidadosamente los términos de la cuestión. La protección oficial no debe condenarse en absoluto; ¡ojalá pudiéramos prescindir de ella! pero no estamos ahora en ese caso, ni veo gran peligro para la dignidad é independencia del *científico* (como dicen los krausistas) en que sea subvencionado y protegido en sus estudios é investigaciones por el Estado. Hay obras que en ninguna manera deben implorar ni recibir auxilios ni subvenciones: su único juez natural es el público. Tal acontece con las de ingenio. La teoría que sostiene Alfieri en su hermoso tratado de *El Príncipe y las Letras* es (aparte de sus exageraciones) exactísima: el favor oficial, venga de donde viniere, sirve sólo para menoscabar la alteza del ingenio, rebajar y empequeñecer sus creaciones, y si alguna vez han sido grandes las de las letras protegidas (en general más elegantes y correctas que enérgicas y sublimes), hánlo sido *á pesar* de la protec-

(1) Para completar en este sitio la noticia de las obras históricas relativas á nuestra cultura, aparte de las memorias *expositivo-críticas* y las *bibliografías*, mencionaré, como trabajos de bastante generalidad, los *Orígenes de la poesía castellana* de Velazquez, las *Memorias para la historia de la poesía y poetas españoles* del P. Sarmiento, la *Historia de la literatura española* de los PP. Mohedanos, el *Ensayo histórico apoloético* de Lampillas, las obras de Bouterweck y Sismondi (conocidísimas entrambas, y traducidas, aunque sólo en parte la primera, al castellano), la *Historia comparada de la literatura española y francesa* de Puibusque, los compendios de Gil y Zárate, Fernandez Espino y algun otro, y la admirable y nunca bastante loada *History of Spanish Literature* de Jorge Ticknor.

cion, no *en virtud* de ella. En los tiempos que corren es, además de inútil y hasta ridículo, en alto grado anacrónico todo lo que huelga á patrocinio y amparo dado por príncipes ó gobiernos á las bellas letras. Estas pueden vivir por sí y no mendigar socorros de nadie: pasó el tiempo de los Mecenas y de los Augustos. Si la obra favorecida es mala, el público se reirá de ella, aunque la escuden régios patronos; si es buena, tiene ilustracion sobrada para leerla ó asistir á su representacion, sin que de arriba le avisen que aplauda.

Pero hay otros modestos *ciudadanos de la república de las letras* que ni pueden aspirar á triunfos ruidosos, ni obtener siquiera para sus libros un despacho que les indemnice de los gastos de impresion, ya que no de las incalculables fatigas y dispendios que ocasionan las investigaciones previas tal vez por largos años y con generoso aliento proseguidas. El que en España emprendiese hoy por su cuenta y riesgo la publicacion de ciertas obras, á no ser un potentado ó un capitalista, se arruinaría en la empresa y ni aun tendría el consuelo de terminarla. ¿Quién ha de atreverse á lanzar al mundo una *Historia de la filosofía española* ó una *Biblioteca de filósofos*, cuando la eterna é implacable posteridad de M. Masson clamoorea sin cesar en libros, revistas y discursos, por boca de sus más espectables individuos, que *la historia de la ciencia puede escribirse sin que en ella se mencione una sola vez á España?* ¿Qué más? *En España no se pueden publicar libros de literatura española.* Dígalo la excelente obra del Sr. Amador de los Rios, cortada en el tomo VII; dígalo la *Historia del Teatro*, compuesta por Schack y traducida por Mier, que no pasó del primero. Apareció, habrá dos años, un admirable trabajo (dechado de sagacidad y erudicion) acerca de *la poesía heróico-popular castellana*, obra de un eminente profesor catalan, á quien no supera ninguno de nuestros críticos contemporáneos. En otro país la prensa se hubiera deshecho en elogios, y la edicion agotado en pocos dias. Aquí sucedió todo lo contrario: los *sabios* de Madrid no lo leyeron, ó si lo leyeron no lo entendieron: las Revistas callaron ó sólo dijeron boberías. Doblemos la hoja, pues, y convenzámonos de la verdad tristísima que apunté más arriba, á saber: que si el Estado no protege los estudios de erudicion, ¡pobres estudios de erudicion y pobre Estado! Como forzosa consecuencia del abandono de aquellos, irá borrándose todo sello nacional en el arte, en la ciencia y en las costumbres, España acabará de perder sus históricos caracteres, y despues... vendrá lo que Dios quisiere, porque nada es imposible en un pueblo que olvida y menosprecia las glorias de sus mayores.

Y ahora, *espíritus fuertes, libres de imposiciones*

*dogmáticas* y esclavos del primer charlatan que os embauque, létricos y cejijuntos krausistas, incansables discutidores de Ateneo, traductores aljamiados, sapientísimos autores de *introducciones, planes y programas*, alegres gacetilleros, generacion novísima de dramaturgos y novelistas *fisiológicos*, reíos de mí á carcajada tendida, porque voy á proponer como medio indirecto, aunque poderoso, de adelanto para la historia de la ciencia española, el restablecimiento de ciertas comunidades religiosas, de *frailes*, si lo quereis más claro, ya que para vosotros lo mismo son *monjes* que *frailes*, y *frailes* que *freiles*, y no satisfechos con trastocar el color de los hábitos; soleis confundir la corona con el cerquillo. No *frailes*, sino *monjes* serán los míos, y de la familia de Montfaucon, de Mabillon y de Calmet, hermanos de aquellos que hicieron el *Arte de comprobar fechas*, la *Gallia Christiana*, la *Antigüedad explicada* y la *Historia literaria de Francia; benedictinos*, en fin, como lo fueron Yépes, cronista y paleógrafo insigne; Feijóo, el hombre á quien más debió la cultura española en el siglo XVIII; Sarmiento, de erudicion universal y portentosa, y tantos otros que hicieron algo más que artículos de revista y disertaciones sobre el *concepto, plan, método y fuentes de enseñanza de la ciencia*, tareas favoritas de nuestros doctores *iluminados*, que despues de *recoger con tal objeto todas sus fuerzas*, comienzan invariablemente con parrafadas de este jaez: «*Para saber qué sea la Metafísica, es preciso que la Metafísica venga á mí ó que yo vaya á la Metafísica.*» Y cierto que debe sudarse el quilo para descubrir verdad tan recóndita, semejante á aquella *filosófica* distincion del P. Fernandez en su *Crotalología*: «*Las castañuelas pueden tocarse bien y pueden tocarse mal;*» á la cual sólo falta un *meditemos* por contera, dicho con ademan grave y reposado, para ser acabadísimo modelo de oratoria krausista,

*Oh curas hominum! Oh quantum est in rebus inane!*

Pero volvamos á nuestros monjes, y dispense usted esta digresion ligerísima. Si en España hubiera *de hecho* libertad para las sociedades monásticas, como la hay para todo género de asociaciones; si fuera ménos brutal la intolerancia de los que se dicen sabios y filósofos y políticos, sería utilísimo el establecimiento de dos ó tres comunidades de benedictinos, que como la de los Maurinos de Solesmes, en Francia, tuviese por instituto el cultivo de la ciencia patria y el de los estudios de erudicion en general. Recuerdo á este propósito, amigo mio, que cuando tiempo atrás hablamos de este asunto, me decía usted en una de sus preciosas cartas familiares: «Podría fundarse (un monasterio de San Benito) en Covadonga, en vez del cabildo

colegial que ahora existe, compuesto de gente allegadiza y que, en su mayor parte, merece mejores colocaciones y mira aquello como un punto de paso; estaría más en relación con el carácter venerando de aquel santuario; haría que éste prosperase más, como más identificado con su porvenir, y ofrecería, por ende, mayores estímulos á la piedad y al patriotismo para contribuir con donativos á la erección de un templo digno de lugar tan glorioso y memorable. El presupuesto de la actual colegiata bastaría para su sostenimiento. Podría, además, allegar recursos teniendo rebaños en los montes vecinos, riquísimos en pastos. Enviando comisionados idóneos á los archivos y bibliotecas de dentro y fuera de España para sacar copias ó extractos de libros y documentos, iría reuniendo allí los elementos todos conducentes á los fines de su instituto. Tampoco sería difícil montar al lado del monasterio una fábrica de papel y una imprenta para las publicaciones de la comunidad.» Y añadía usted y repito yo, aun á riesgo de que en altas regiones (si allá llegan estas líneas) se nos tache de visionarios: «Ahora que se piensa en pactar un nuevo Concordato con la Santa Sede sería la mejor ocasión para realizar este pensamiento, tanto más, cuanto que siendo los benedictinos una orden cuyos individuos han permanecido de todo punto ajenos á nuestras discordias políticas, no hay, ó no debe haber al ménos, prevención alguna contra ella... Sólo una comunidad semejante responderá dignamente á la majestad incomparable de aquel sitio, que tan hermosamente describe Ambrosio de Morales.»

Referíase usted en esto al *Viaje Santo* del docto cronista corbobés, que en el título (ó capítulo) vigésimotercio de su curioso libro pinta, en efecto, con lindeza de frases por extremo notable *el santo lugar cuya extrañeza no se puede dar á entender bien del todo con palabras*. Supongo que todos mis lectores (exceptuando los *sabios* que no leen libros, y ménos libros viejos, y *construyen por sí propios la ciencia en cuya unidad comulgan*) tendrán en sus estantes el referido *Viaje* ó alguna vez le habrán registrado, y por eso no transcribo las palabras de Morales.

Idea es también de usted, y no sé si ya en alguna parte manifestada, el establecimiento de otra comunidad benedictina en el Sacro Monte de Granada, comunidad que especialmente se dedicase á la ilustración de la historia árabe española. Y dando igualmente á los benitos de Montserrat el encargo y los medios de explorar las antigüedades catalanas y aragonesas, no hay duda que veríamos surgir de tales congregaciones trabajos inmensos, hoy inaccesibles á las fuerzas aisladas de eruditos que viven en el siglo, rodeados y distraídos *de* y *en* (juntamos preposiciones al modo de Sanz del Río) mil ocupa-

ciones y cuidados. Pero hoy por hoy, y sin pecar de pesimista, reputo muy difícil el que algo de esto llegué á efectuarse, pues en pleno (y ya decadente) siglo XIX hay que luchar aún con inverosímiles preocupaciones contra el *monacato*, hijas de la falsa y mezquina filosofía francesa de la pasada centuria. Y ahora recuerdo que el ilustre literato D. Juan Valera, á quien nadie tachará de místico ni mogigato, conviene en sustancia con nosotros, pues en su discreto análisis del *Ensayo* de Donoso Cortés no teme decir: «Quisiera yo que se volviesen á poblar algunos monasterios, y principalmente los que por ser grandes monumentos de nuestras glorias nacionales deben conservarse siempre.» Esto escribía el señor Valera en 1856, y no dudo que lo mismo diría hoy si preciso fuese. Pero repito que estos buenos propósitos no llevan camino de ponerse en práctica, quizá porque en España estamos condenados á no tener órdenes religiosas y á seguir envidiándonoslas á la volteriana Francia, á la protestante Inglaterra y á la racionalista Alemania, hasta que sintamos imperiosamente su falta, y acabe de cumplirse la tremenda expiación que sobre nosotros pesa por aquel espantoso *pecado de sangre* (así le llama el protestante Usóz) cometido en 1834 y que (son palabras del mismo erudito cuákero) *pesa mucho sin duda en la balanza de la Divina Justicia*.

Aún puede hacerse mucho en otros sentidos en pró de la ciencia patria; dando á conocer las obras, ya completas, ya escogidas, de los pensadores ibéricos en elegantes é ilustradas ediciones por el estilo de las que publican las cinco ó seis sociedades de *bibliófilos* hoy establecidas en España. Algo de esto pudieran hacer las Academias, en especial la de Ciencias Morales y Políticas, ya que no existe, cual debiera, una especial de *Filosofía Española*.

Tampoco ha de desconfiarse en absoluto de la iniciativa y de los esfuerzos particulares, pues, si es cierto que hoy no soplan vientos muy favorables á nuestras ideas, y son muchos los bien hallados con su ignorancia, no faltan eruditos curiosos y entusiastas por la ciencia de nuestros padres, y quizá lo que hoy parece difícil no lo sea mañana. Abrigo la esperanza de que no ha de quedarse en proyecto aquel generosísimo de la *Biblioteca de filósofos ibéricos*, por usted iniciado en Oviedo en 1859. Conviendría formar con tal objeto una nueva sociedad de bibliófilos, dado que de las actuales poco ó nada podemos prometernos, de unas por su índole local (andaluces, catalanes, montañeses, etc.) y de otras por su afición decidida á *Celestinas*, libros de caza, relaciones históricas y otros escritos semejantes, curiosos sin duda, pero de escaso valor científico. Nuestra sociedad debería ir publicando ediciones (en latín y castellano) de Lulio, Foxo, Vives, Suarez, Sanchez, Servet, Gouvea, Gomez Pereira y sus

impugnadores, Vallés, Domingo de Soto, Arriaga é Isaac Cardoso, etc., y de muchos opúsculos de Cardillo de Villalpando, Sepúlveda, el P. Juan de Mariana, Pedro de Valencia y tantos otros, así como de de los más notables tratados filosóficos, escritos en lengua castellana, tanto por místicos y moralistas de los siglos XVI y XVII, como por muchos pensadores del pasado.

A las obras de cada autor habría de preceder una introducción en que, aparte de las noticias bio-bibliográficas, se hiciese la exposición y juicio de sus doctrinas, apreciándose á la par sus precedentes históricos y su influencia en los sistemas posteriores.

Urge asimismo, y pudiera realizarse por la Sociedad proyectada, la fundación de una *Revista* que exclusivamente tuviera por objeto la *propaganda* en favor del estudio de la *Filosofía Española*, ya que existen revistas dedicadas en todo á la ciencia alemana.

Ofrecería, sin embargo, no pocas dificultades la constitución de tal *Sociedad*, ora por la indiferencia con que muchos tenidos por sabios miran nuestra cultura, ora por la resistencia y los obstáculos que opone siempre á toda empresa comun el *especialismo*, verdadera plaga erudita. Son muy pocos los que saben desprenderse de sus gustos, aficiones y *terquedades* en pró del interés general.

Por tales razones es indispensable la iniciativa oficial, cuando ménos para abrir la marcha y hacer que tome cuerpo y cobre fuerzas el movimiento á favor de dichos estudios. Fuera de que pueden coexistir sin inconveniente, ántes bien con notable ventaja, la acción oficial y la particular en sus respectivas formas y con sus peculiares procedimientos.

Y ahora que he desarrollado, aunque brevemente, nuestros planes, paso á hacerme cargo, por lo mucho que con ellos se rozan, de las magistrales decisiones del nuevo Masson á quien aludí ántes. El cual no es ningún doctrino, sino un *hierofante*, un *pontífice máximo*, un *patriarca* del krausismo, jefe reconocido, por lo ménos, de una fracción ó cofradía, personaje influyente y conspicuo en épocas no lejanas, varón integérrimo y severísimo, especie de Catón revolucionario, grande enemigo de la efusión de sangre, y mucho más de la lengua castellana. Todos le conocemos, y yo dejaré de nombrarle, porque al cabo me acuerdo de haber sido discípulo suyo, y le debo entre otros inestimables bienes, el de afirmarme cada día más en las sanas creencias y en la resolución de hablar claro y á la buena de Dios el castellano... *per contrapositionem* á las enseñanzas y estilo del referido maestro.

Este, pues, eximio metafísico ha puesto un largo, grave, majestuoso, sibilino y un tanto soporífero

prólogo á cierto libro crudamente impío de cierto positivista *yankee*, traducido *directamente* del inglés por cierto caballero particular, astrónomo excelente, según nos informa el prologuista, y persona muy *honorable* (¡manes de Cervantes, sed sordos!), al cual caballero debe parecerle portentosa hazaña traducir del inglés un libro, supuesto que añade muy orondo *directamente*, como si se tratase del persa, del chino ó de otra lengua apartada de la comun noticia, siendo así que hay en España ciudades, como esta en que nací y escribo, donde son raros los hombres y aún mujeres de cierta educación que más ó ménos no conozcan el inglés y sean capaces de hacer lo que el señor traductor ha hecho. Pero no voy á hablar del traductor, ni siquiera del libro que en son de máquina de guerra anticatólica se nos entra por las puertas, libro digno del barón de Holbach ó de Dupuis, escrito con la mayor destemplanza y preocupación, y lleno de errores *de hecho* garrafales, como los de afirmar que la *ciencia nació en Alejandría* y que *los Santos Padres fueron hombres ignorantísimos, sin instrucción ni criterio*.

Tampoco hablaré detenidamente del prólogo, escrito en la forma campanuda y enfática que caracteriza todas las producciones de su autor. Léale usted, amigo mío, y allí verá maravillas. Allí se habla de *las pretensiones de imperio temporal en la Iglesia*; allí se dice que los católicos estamos sumidos en *abyección moral* y en *fanatismo*, que *la religión y la ciencia son incompatibles* (como si no hubiera más ciencia que la que los impíos cultivan y preconizan, y como si ellos mismos hubiesen logrado nunca ponerse de acuerdo en los principios), allí de la *antropología del Pontífice* (SEXQUIPEDALIA VERBA); allí de la *mística, sublime cópula verificada en Alejandría entre el Oriente y la Grecia*; allí de la *solidaria continuidad y dependencia de unas determinaciones individuales con otras, que permite inducir la existencia de un Todo y medio natural que constituye interiores particulares centros, donde la actividad se concreta con límite peculiar cuantitativo y sustantiva cualidad en íntima composición de esencia factible ó realidad formable y poder activo formador* (esto será castellano de morería, ó *latin de los Estados-Unidos*. ¡Vaya unos rodeos para ir á parar en la rancia doctrina *del alma del mundo*, que puede exponerse clara y hermosamente en dos palabras!); y allí, en fin, con tolerancia digna de Atila, de Gengis-Kan ó de Timurbeck, se presenta en perspectiva á los católicos *la justicia de la espada*, y se aplauden las persecuciones y atropellos cometidos por el *tolerantísimo, ilustrado y filosófico* gobierno de Prusia. ¿Dónde nos esconderemos de esa *espada* con que se nos amenaza? Aunque tengo para mí que la espada de este ca-

ballero krausista ha de parecerse algo á la de Bernardo (no el de Roncesvalles, sino el compañero de Ambrosio), ó á aquella hoja toledana del fabulista, que fué asador en sus primeros años. Pero yo voy á hacer caso omiso de todo lo anterior y del modo como aprecia el prologuista lo que él llama *religiones positivas*, como si pudiera haber alguna *negativa* ó si la negacion constituyese dogma. No diré tampoco una palabra del *logos* platónico y del *verbo* cristiano, á cuya cuestion no sé cómo vuelve nuestro sabio despues de la brillante fraterna que en otra ocasion le enderezó Fr. Zeferino Gonzalez.

Lo que sí nos importa son los yerros y falsedades históricas que, hablando de España, entreteje en su relato; lo de afirmar, por ejemplo, que se debió al Rey sabio la traslacion de las academias hebreas á Toledo, cosa que hasta entónces el *fanatismo de la clerecía* no había consentido, siendo así que dichas academias estaban en Castilla desde el tiempo de Alfonso VII, expulsadas de Andalucía por el *fanatismo musulman*. Pero aún esto es leve pecado, y tampoco he de hacer grande hincapié en que llame por desden á España la patria de los *dominicos y de los jesuitas*, porque hay cosas que sólo desprestigian al que las dice, no á aquellos á quienes se dirige la ofensa. Gloria y muy grande es para España el que de ella saliese el fundador de aquella orden cuyo hábito vistieron Alberto Magno, Santo Tomás de Aquino, Melchor Cano, Domingo de Soto, Fr. Luis de Granada y tantos otros varones eminentes, hasta nuestros contemporáneos Lacordaire y Fr. Zeferino Gonzalez, lumbreras de la ciencia cristiana. Y no lo es ménos el que fuese compatriota nuestro el *capitan* de aquella compañía en que militaron San Francisco de Borja, San Francisco Javier, Simon Rodriguez, Lainez, Alonso Salmeron, Rivadeneira, Molina, Vazquez, Suarez, Mariana, la Puente, Martin del Rio, Nieremberg, Codorniu, Andrés, Eximeno, Hervas, etc., etc., y en que aún militan hombres como los Padres Secchi, Félix y Kleutgen, que con sus misioneros evangelizó (y civilizó por ende) gran parte del mundo, y con sus maestros, insignes humanistas y poetas, adoctrinó á la juventud desde las cátedras, inicióla en el conocimiento de la antigüedad clásica, y encarriló las tendencias paganas del Renacimiento, impidiéndolas llegar á la exageracion que alguna vez habían mostrado en Italia, y de que hoy los *píes* secuaces del abate Gaume se escandalizan.

Unas veinte líneas dedica mi anónimo maestro á hablar de la Filosofía española, repitiendo con escasas variantes las absolutas de los señores Azcárate y Revilla, y añadiendo de su cosecha nuevos dislates que me limitaré á registrar con leve comentario, porque hay cosas que á sí propias se alaban y no es menester alaballas.

1.º «Mientras los demas pueblos europeos convertían, mediante el Renacimiento clásico-naturalista y la Reforma, á propia libre reflexion su espíritu, y se despertaban á la observacion diligente y profunda, nosotros quedábamos adheridos y como petrificados en las viejas imposiciones dogmáticas.»

Error histórico imperdonable, aunque se explica bien en un sabio que no lee libros viejos y *construye su propia ciencia*. En España influyó el Renacimiento tanto como en Italia y algo más que en los países protestantes. Traiga á la memoria nuestro prologuista el número prodigioso de humanistas que en el siglo XVI y aún en el XVII florecieron, y se convencerá del culto tributado á la antigüedad en nuestro suelo. Españoles fueron, entre otros mil, Nebrija, Arias Barbosa, Vives, Nuñez, Sepúlveda, Oliver, Enzinas, Gélida, el Comendador Griego, Antonio Agustin, Paez de Castro, Verzosa, Matorros, los Vergaras, Luis de la Cadena, Aquiles Stazo, el Brocense, Alvar Gomez de Castro, Calvete de Estrella, Pedro Chacon, Fernan Ruiz de Villegas, el Padre La Cerda, Vicente Mariner, Gonzalez de Salas, Baltasar de Céspedes, Pedro de Valencia, etc., sin contar no pocas damas que entendían de letras griegas y latinas más que todos los krausistas juntos (1).

De muchos de los citados humanistas ya he hecho mérito anteriormente, debiendo añadir ahora que entre ellos los hubo, y en número no escaso, que ni en erudicion ni en sagacidad ceden á los Erasmos, Scaligeros, Lipsios, Casaubones y Sciopios, por mas que la fama no se haya mostrado con los nuestros bastante equitativa. Precisamente el escritor que más fielmente compendia y personifica las ideas todas y el saber acaudalado por el Renacimiento es un español, Vives. El padre de la Gramática general es otro español, Sanchez de las Brozas. Pocos hombres influyeron tan activamente en los trabajos filológicos del siglo XVI como los *españoles* Antonio Agustin y D. Diego Hurtado de Mendoza, ya en calidad de obreros, ya en la de Mecenas. El mejor comentario de Virgilio se debió al jesuita P. La Cerda; la mejor ilustracion de Petronio á D. Jusepe G. de Salas. Y ciego se necesita ser para no advertir en la poesía lirica, en la historia y en los tratados didácticos del siglo XVI la influencia del Renacimiento clásico-naturalista, como nuestro sabio le apellida. Cabalmente el primero de los líricos de esa era, el que cristianizó la musa pagana, trabajando con manos católicas el mármol de la antigüedad, el que verificó la fusion del genio clásico y de la poesía nueva, fué un *fraile* español, teólogo de la Universidad

(1) Si en lo del *Renacimiento clásico-naturalista* quiere aludir nuestro sabio á aquellos *renacimientos* fanáticos que paganizaron en religion, contestaréle que, á Dios gracias, de estos locos de atar estuvimos libres en España.

salmantina. Y en cuanto á la Reforma, si no arraigó aquí, á Dios gracias, ménos por los rigores de la Inquisición (que no hubieran bastado) que por rechazarla el espíritu nacional, también tuvo secuaces en España, y de no poco entendimiento y ciencia, como saben muy bien los *bibliófilos*, ó seáse *librovejeros*: los que, al parecer, lo ignoran son los *filósofos* de campanillas que hablan de lo que no entienden.

Después de lo transcrito viene un párrafo muy turbio en que se habla de la falta de intimidad religiosa que degradó la conciencia de nuestro pueblo. Como no sé qué es esto de *intimidad religiosa*, paso á coger el *lapsus*.

2.º «Voces aisladas á lo sumo, sin enlace ni consecuencia directa con el proceso de la Edad Moderna, son las que ofrece España, y aún estas con el sentido y el carácter peculiar á los siglos medios. Vives, Foxo Morcillo y Gomez Pereira se distinguen sobre todos.»

Léjos de ofrecer Vives, Foxo Morcillo y Gomez Pereira el espíritu y el carácter de los tiempos medios, son en grado sumo innovadores y revolucionarios, enemigos de la Edad Media y del escolasticismo, hombres, en cuerpo y alma, del Renacimiento. ¿No levantó Vives contra las viejas enseñanzas la formidable máquina de sus siete libros *De causis corruptarum artium*? ¿No maldijo de Averroes é inyectivó *In pseudo-aristotélicos*? ¿Es de la Edad Media el espíritu platónico-conciliador del sevillano Foxo? ¿No fué Gomez Pereira *cabeza de motin* contra la dominación de Aristóteles? ¡Parece imposible que se digan en serio ciertas cosas, y que pasen por talentos los que así tropiezan y así escriben la historia!

3.º Vives (á quien concede nuestro antiguo profesor *saber inmenso*, sin duda porque, como añade, se educó en medio de Europa) no lleva su *sentido* (palabra mal usada y sobre toda ponderación impropia) más allá de un *concierto*, que ni siquiera *sincretismo*, entre las doctrinas de Platon y Aristóteles y las de los Santos Padres.»

Aquí hay cosas estupendas. Yo entendí siempre que los sistemas *armónicos* significaban en la historia de la filosofía más que los *sincreticos*, puesto que los primeros entrañan verdadera *composición*, y los segundos sólo *juxtaposición* de elementos. Creía también hasta ahora que la palabra *concierto* era en castellano sinónima de *armonía* (dícelo Capmany, que sabía lo que se pescaba en tales materias); pero ahora me enseña el maestro que un *concierto* es ménos que un *sincretismo*, y que, por lo tanto, el *racionalismo armónico* de Krause es una *filfa*, de ningun valor respecto al *sincretismo* que cualquiera puede formar metiendo juntas en el cesto las doctrinas de Pedro, Juan y Diego, aunque se den de calabazadas. Pero no es esto lo más grave. El

*hierofante* de quien vengo hablando no hace en su juicio de Vives más que repetir *ad pedem litteræ* un tema del antiguo cuestionario de la Universidad de Madrid para ejercicios del doctorado, tema que desgraciadamente estaba equivocado en los términos, por donde puso en grave aprieto á nuestro paisano el Sr. de los Rios y Portilla cuando le cupo en suerte el explicarle, aunque era, según parece, parto del cacúmen de Sanz del Rio. Luis Vives no intentó semejante conciliación entre las doctrinas de Platon y Aristóteles y las de los Padres de la Iglesia, ni esto encierra sentido alguno, pues los Padres de la Iglesia, colectivamente considerados, no tienen sistema metafísico propio, sino el de Platon unos y el de Aristóteles otros (como todo el mundo sabe), modificados naturalmente con arreglo al dogma cristiano. Mal pueden conciliarse dos cosas cuando una de ellas no existe. El decir *las doctrinas de Platon y de Aristóteles*, como si fueran lo mismo, y contraponerlas las de los Padres de la Iglesia, es una de las ocurrencias más peregrinas que pueden imaginarse. La verdad es, y nuestro *sabio* lo sabría si hubiese leído á Vives, que dotado éste de alto *sentido ecléctico*, procede en sus libros *De prima philosophia* con gran libertad de espíritu, acostándose, ya á las doctrinas de Platon, ya á las de Aristóteles, sin soñar en *sincretismos*, ni *conciertos*, ni *Padres de la Iglesia*, de los cuales no recuerdo que cite más que á San Agustín, al hablar del tiempo. Unas veces se acerca al *peripatetismo clásico* y otras al *platonismo* mitigado que más tarde profesó Foxo Morcillo.

¿Y bastan las frases arriba trascritas para calificar á Vives, á aquel que, según una expresión tan ingeniosa como profunda y exacta del Sr. Campoamor, *sembró no las ideas, sino los sistemas á granel*? ¿Quién negará su importancia como metodólogo? ¿Quién los altos servicios que á la ciencia psicológica prestó con el tratado *De anima et vita*? ¿No son relieves de la mesa de Vives el *baconismo* y el *cartesianismo* y hasta la escuela escocesa? Y es lo más singular que en el prólogo de que estoy tratando se encomie altamente el mérito de Bacon (sin duda porque fué inglés y protestante) y se menosprecie el de su maestro, á quien él quedó tan inferior en todos conceptos (1).

4.º «Gomez Pereira... no pasa de enunciar en forma silogística un razonamiento análogo al que constituye el principio del método cartesiano, pero sin el carácter de criterio de indagación, ni la intención sistemática que determinan su valor científico.»

(1) Barthelemy-Saint-Hilaire llama á Bacon *presuntuoso y soberbio*, y á Luis Vives *adversario serio de Aristóteles*, encomiando la mesura y el juicio del segundo en contraste con la petulancia del primero, de quien dice que *nunca comprendió la doctrina que atacaba; y que destruyó la verdadera filosofía*.

Es casi seguro que el *maestro* no sabe de la *Antoniana Margarita* otra cosa que lo que leyó en el discurso de entrada del Sr. Campoamor en la Academia Española. Las citas de segunda mano se conocen luégo. Gomez Pereira atacó en todas sus partes la *psicología* aristotélica, con ocasion del *automatismo* de las bestias; identificó el hecho del conocimiento con la facultad de conocer, y ésta con la *sustancia del alma*; afirmó que *nuestras cualidades sensibles no son accidentes entitativos de los cuerpos*; echó por tierra las *formas sustanciales* propugnando el *atomismo*, como lo hicieron tambien Vallés é Isaac Cardoso, y asentó otros principios fundamentales de filosofías posteriores; de todo lo cual pudiera nuestro sabio estar al tanto, áun sin registrar la *Antoniana Margarita* (libro rarísimo), con sólo haber leído las notas á los *Discursos Filosóficos* de Fornér, la *Apología* del P. Castro por la *Teología scolástica*, los *Anales de la Medicina Española* de Chinchilla, y los *Ensayos Críticos* de usted, obras todas corrientes y comunes.

Pero ahora reparo que estoy perdiendo la pólvora en salvas, pues no era de esperar que mi maestro hiciese justicia á Vives y Gomez Pereira, cuando en otro párrafo de su lucubracion advierte que la *Crítica de la Razon Pura* de Kant redujo á un mero interés histórico toda la filosofía precedente. Así quedamos todos iguales. Platon, Aristóteles, San Anselmo, Santo Tomás de Aquino, San Buenaventura, Bacon, Descartes, Leibnitz eran tan mentecatos como Raimundo Lulio, Vives, Suarez, Foxo Morcillo y Gomez Pereira. Hasta que el filósofo de Koenisberg lanzó al mundo su *Crítica* famosa (lo más indigesto, pesado y mal escrito que ha parido madre), nadie había pensado ni discurrido en el mundo.

¡Cierto que se ven impresas  
Cosas que no están escritas!

Resúmen: yo comprendía que *se construyese ciencia (Krausista)* sin libros ni otras zarandajas, porque para decir perogrulladas no es menester gran erudicion; mas ya veo con asombro que para juzgar las doctrinas de un autor tampoco es necesario leerle ni hojearle siquiera, y basta con cuatro especies cazadas al vuelo en alguna *tésis doctoral* ó en tal cual discurso académico. Con esto y el tono de oráculo y la severidad estóica y algo de aquella fama que autoriza á un hombre para *echarse á dormir*, basta y sobra para decidir *ex cathedra* de cuanto Dios crió, y mirar con desden á los pobres mortales que no han llegado á semejante pináculo de sabiduría y buena andanza. Pero tanto, tanto... en verdad, que no lo consienten mis tragaderas. ¿Qué ménos puede exigirse de un filósofo, si no español, nacido en España, que el que conozca, siquiera por el forro, la *Filosofía Española*? Veremos si despues de su pro-

yectada *conversion al positivismo* (de la cual ya por estas tierras corren rumores) muda de estilo y tono este mi antiguo é inolvidable maestro.

Y con esto se despide de usted *hasta la primera*, su apasionado amigo, admirador y paisano,

M. MENENDEZ Y PELAYO.

Santander, 25 de Julio de 1876.

P. D. En el último número de la *Revista contemporánea* vuelve á las andadas el Sr. Revilla. De lo que dice daré larga cuenta y razon á usted y al público en mi próxima epistola.

20 de Agosto de 1876.

## LA GUERRA DE SUCESION

EN TIEMPO DE FELIPE V.

(Conclusion). \*

Toledo era, desde hacia algun tiempo, el retiro de dos intrigantes ambiciosos, turbulentos y vengativos: la reina viuda y el cardenal Portocarrero. Habían sido enemigos encarnizados cuando dirigían las facciones rivales de Austria y Francia, y sucesivamente dirigieron el espíritu débil del último desgraciado rey; y al cabo, como las habilidades de la mujer quedasen vencidas de las intrigas del cardenal y Portocarrero dueño del campo, la reina había dejado, no sin dolor y mortificacion, una corte en la cual ejerció por tantos años el poder supremo. Poco tardó en seguirla á Toledo aquel cuyas artes destruyeron y acabaron su influencia, porque el cardenal, despues de haber ejercido el poder lo bastante para convencer á todos de su incapacidad, recibió la orden de regresar á su sede, maldiciendo su locura y la ingratitud de aquellos á quienes había servido. Intereses y odios comunes reconciliaron entónces á los rivales; y así se vió que al entrar sin resistencia en Toledo las tropas austriacas, abandonase la reina viuda el luto que llevaba, presentándose en público cubierta de joyas, y que Portocarrero diese la bendicion desde el altar mayor de su magnífico templo á las banderas de los invasores, iluminando su palacio en honor de aquella redencion. Todo parecía indicar que la lucha terminaría en favor del archiduque, y que Felipe no tendría otro remedio sino es huir y buscar refugio en los Estados de su abuelo.

Así pensaban al ménos los que no conocían el carácter y los hábitos del pueblo español. Pero si bien es cierto que no hay en Europa un país más

\* Véanse los números 130 y 131, págs. 231 y 272.

fácil de invadir que la España, también lo es que no hay otro más difícil de conquistar. Nada puede compararse á la débil resistencia, regular y organizada, que la Península puede oponer á un invasor; pero nada es ni puede ser más formidable que la entereza y la energía que despliega cuando la resistencia regular queda vencida. Durante mucho tiempo sus ejércitos han tenido cierta semejanza con las multitudes, pero las multitudes en España poseen en alto grado el espíritu verdaderamente militar; y si, comparados á otros, sus soldados carecen de ciertas dotes militares, las masas poseen esas dotes como si fueran soldados. En ningún país del mundo se ha visto apoderarse por sorpresa de fortalezas más inexpugnables; pero tampoco se ha visto en parte alguna que ciudades abiertas hayan resistido tanto y tan enérgicamente á grandes ejércitos sitiadores. Y esto se observa en la historia de España desde el tiempo de los romanos; desde esa época las guerras en la Península ofrecen un carácter especial: son como un fuego imposible de extinguir, que arde bajo las cenizas, y que, después de haberse creído por largo tiempo sofocado, estalla más violento que nunca. Así sucedió en la guerra de la Independencia de 1808. España no tenía un ejército capaz de medirse con un número igual de soldados franceses ó prusianos, y, sin embargo, bastó un día para derribar la monarquía en Prusia, y un día bastó para poner la corona de la Francia en manos de los invasores; pero ni Jena ni Waterloo hubieran podido asegurar un reinado pacífico en Madrid á José Bonaparte.

Característica por extremo fué la conducta de los españoles durante la guerra de sucesión. Con todas las ventajas del número y de la situación fueron ignominiosamente derrotados; todas las dependencias europeas de la corona de España se habían perdido: Cataluña, Aragon y Valencia rendían vasallaje al archiduque; Gibraltar, sorprendido por algunos marineros, estaba en poder de Inglaterra; unos cuantos soldados de caballería se habían hecho dueños de Barcelona; los invasores, en fin, penetrando hasta el centro de la Península, tenían sus cuarteles en Madrid y en Toledo. En tanto que se verificaba esta serie de acontecimientos desastrosos, apenas dió señales de vida la nación: ni los ricos se persuadían del deber en que estaban de dar ó de prestar, al ménos, lo necesario para la continuación de la guerra, ni los soldados mostraban disciplina ni ardor militar en la campaña. Pero cuando todo parecía perdido, cuando los confiados y optimistas creyeron deber renunciar á la esperanza, entónces se despertó el espíritu nacional, ardiente, altivo é indomable; que si el pueblo había permanecido inmóvil cuando los acontecimientos parecían dar tregua, conservaba entera su viri-

lidad para el día de la desesperación. Castilla, Leon, Andalucía y Extremadura se sublevaron al mismo tiempo; cada hombre se procuró un mosquete, y los aliados no fueron dueños sino de la tierra que pisaban. El soldado enemigo que se aventuraba á 100 metros del ejército de invasión corría gravísimo peligro de morir cosido á puñaladas: la parte que habían cruzado los conquistadores al dirigirse á Madrid y que creían haber sometido, estaba en armas á sus espaldas; y mientras la comunicación con Portugal se hacía imposible para las tropas aliadas, el dinero comenzaba á afluir en abundancia al Tesoro del fugitivo rey.

En tanto que los castellanos se armaban en todas partes para defender la causa de D. Felipe, los aliados la servían con toda eficacia, cometiendo cada día nuevas y mayores faltas. Galway permanecía en Madrid, donde sus soldados se abandonaban á la más desenfrenada licencia y tenían llenos de enfermos los hospitales; Carlos estaba en Cataluña, sin adelantar un paso, haciendo vida muelle y palaciega; y Peterborough, que había tomado á Requena y quería dejar á Valencia para dirigirse á Madrid á operar su reunión con Galway, se vió contrariado por el archiduque, opuesto al proyecto. Peterborough, entónces, permaneció en su ciudad predilecta, á orillas del Mediterráneo, leyendo á Cervantes, dando bailes y comidas, procurando inútilmente divertirse con el espectáculo de los toros, y no haciendo en vano el amor á las valencianas.

Al cabo se dirigió hácia Castilla el archiduque, y mandó á Peterborough que fuese á encontrarlo en Madrid. Mas ya era tarde, porque Berwick había obligado á Galway á evacuar la capital; y cuando todas las fuerzas de los aliados estuvieron reunidas en Guadalajara, se hallaron inferiores en número á las del enemigo.

Peterborough concibió entónces un plan para recuperar la capital; pero lo rechazó el archiduque, y esto puso el colmo á la impaciencia que ya sentía el susceptible y vanidoso héroe; que á Peterborough le faltaba por completo la calma y la serenidad de carácter que permitió por tanto espacio á Marlborough marchar siempre de acuerdo con Eugenio, sufriendo, además, sin parecer contrariado, la fatigosa intervencion de los comisarios holandeses. Pidió, pues, permiso para dejar el ejército, y habiéndosele concedido, inmediatamente partió para Italia. Carlos, para cubrir las apariencias de su viaje con algun pretexto plausible, lo encargó de hacer en Génova un empréstito sobre el crédito de las rentas de España.

Desde aquel momento hasta la conclusion de la campaña, la fortuna se mostró contraria á la causa del archiduque. Berwick, que había situado su ejército entre los aliados y las fronteras de Portugal,

dió lugar á que estos se retirasen á la provincia de Valencia, no sin dejar ántes en poder del enemigo 10.000 prisioneros, lo cual fué un golpe terrible para Cárlos.

Durante el mes de Enero de 1707 Peterborough llegó á Valencia, de vuelta de Italia, no como general, sino como simple soldado voluntario; y habiéndosele pedido su parecer, manifestó juicioso y prudentemente que, segun él, no debía emprenderse ninguna operacion ofensiva contra Castilla, siendo, por el contrario, más fácil defender de las armas de D. Felipe Aragon, Cataluña y Valencia, porque los habitantes de estas diversas provincias de España eran fieles á la causa del archiduque y resistirian á las tropas del Borbon. En cuanto á los castellanos, su entusiasmo sería tal vez pasajero, y más si el gobierno de D. Felipe cometía imprudencias y actos impopulares; y si algun contratiempo en los Países Bajos obligaba á Luis XIV á retirar sus ejércitos de la Península, entónces sería llegada la ocasion de intentar un golpe decisivo.

Estos consejos fueron desechados, y Peterborough, que había ya recibido de Inglaterra orden de regresar á su patria, partió ántes de abrirse la campaña, y con él abandonó la victoria á los aliados. Pocos generales habrían hecho tanto como él con tan débiles recursos, y casi ninguno hubiera desplegado tanta originalidad y atrevimiento. El conde poseía en gran manera el arte de conciliarse la voluntad de los que sometía, si bien no alcanzaba de igual modo el afecto de los que le auxiliaban en el vencimiento. Catalanes y valencianos lo adoraban, pero lo detestaba el príncipe, á quien casi había hecho rey de una dilatada monarquía, y los generales, que habían expuesto en la misma aventura que él su reputacion y su fortuna. Por otra parte, el gobierno inglés no podía comprenderlo, y se explica hasta cierto punto que así fuera, y que no se le creyese dotado del gran juicio que poseía realmente en fuerza de la rara originalidad de su carácter. Un general que tomaba plazas fuertes con caballería, que trasformaba precipitadamente en jinetes á centenares de infantes, que se procuraba las noticias políticas más secretas y graves sobre todo por medio de intrigas amorosas, y que llenaba sus despachos de anécdotas y epigramas, podía, á decir verdad, poner en cuidado á los ministros ingleses, y antojárseles peligroso é impolítico por extremo que la direccion de la guerra de España estuviera en manos de un hombre tan ligero y tan romántico. En consecuencia, confiaron el mando del ejército á lord Galway, experto veterano, que era en el arte militar lo que en medicina los doctores de Molière, y que reputaba mucho más honroso fracasar en regla que alcanzar la victoria merced á cualquiera innovacion. Dicho se está que

no se habría perdonado nunca Galway la toma de Montjuich por medios tan singulares como los que puso en juego Peterborough para conseguirla. Este gran general, pues, condujo la campaña de 1707 de la manera más científica. Encontró al ejército de D. Felipe en la llanura de Almansa; dispuso sus tropas con arreglo al método prescrito por los mejores estratégicos, y en pocas horas perdió, perfectamente en regla, 18.000 hombres, 120 banderas, todo el bagaje y la artillería. Los reinos de Aragon y Valencia fueron tambien conquistados por los franceses, y al terminar el año, la montañosa Cataluña era la única parte de España que permanecía fiel á D. Cárlos.

Todo hacía presentir desde tiempo atrás un próximo desastre en España: el príncipe era ingrato, el ejército estaba indisciplinado, el Consejo dividido, y la envidia y las intrigas triunfaban del verdadero mérito al ser relevado un hombre de genio para confiar á pedantes y á holgazanes la autoridad suprema. La batalla de Almansa decidió de la suerte de España: para reparar tamaño desastre apenas hubiera bastado la superior inteligencia de un Marlborough ó de un Eugenio, y Stanhope y Staremberg distaban mucho de ser estos dos grandes caudillos.

Stanhope, que tomó el mando del ejército inglés en Cataluña, era un hombre dotado de facultades muy apreciables en la guerra y en la vida civil, pero más á propósito, á nuestro parecer, para ocupar el segundo puesto que no el primero. Lord Mahon nos dice á este propósito con su habitual franqueza una cosa que ignorábamos todos, y es que el hecho de armas sobresaliente en la vida de su antepasado, la conquista de Menorca, le fué sugerido por Marlborough. Staremberg, táctico metódico de la escuela alemana, fué enviado por el emperador para mandar en España, y bajo su direccion se sucedieron dos lánguidas campañas, durante las cuales ninguno de los ejércitos beligerantes hizo nada digno de ser mencionado, como no sea que ambos sufrieron las mayores privaciones y más grandes necesidades.

En 1710 resolvieron los jefes de las fuerzas aliadas continuar las operaciones con la energía posible, y al efecto entraron en campaña verificando una marcha verdaderamente audaz: avanzaron en Aragon, deshicieron en Almenara á las tropas de Felipe V, las derrotaron de nuevo en Zaragoza, y marcharon sobre Madrid. Por segunda vez le fué forzoso al rey abandonar su capital. Los castellanos se armaron con el mismo entusiasmo que en 1706; los conquistadores hallaron desierto á Madrid; sus habitantes, ó abandonaron la poblacion, ó se cerraron en las casas para no rendir el menor homenaje al príncipe austriaco. Y mientras los par-

tidarios de D. Carlos se veían en la necesidad de alquilar chiquillos que lo aclamaran en las calles, la corte de D. Felipe se veía en Valladolid llena de nobles y prelados. Treinta mil personas siguieron al rey de Madrid á su nueva residencia, y las damas de las primeras familias, ántes que ver al austriaco, hacían el camino á pié. Con esto crecía el entusiasmo, y el amor á D. Felipe aumentaba cuanto se hacía odioso su contrario, y la gente del campo acudía á millares á ponerse bajo las banderas de Borbon, y el pueblo proveía en abundancia de dinero, armas y municiones de boca, y Madrid se veía bloqueado, y destruidos los campos vecinos por escuadrones de caballería irregular, y los aliados no podían ni enviar un despacho al reino de Aragon ni traer provisiones á la capital, ni el archiduque, sin gravísimo riesgo, cazar en las cercanías del palacio que habitaba.

Stanhope quería invernar en Castilla; mas en el consejo de guerra que se celebró al efecto, sólo él fué de este parecer, y, á decir verdad, no es fácil explicar cómo hubieran podido sostenerse los aliados en el país en estacion tan poco favorable y entre tan resueltos enemigos. Y como la seguridad personal de Carlos era la preocupacion constante y principal de sus generales, en el mes de Noviembre salió para Cataluña con fuerte escolta de caballería, comenzando en Diciembre á retirarse el ejército hácia el reino de Aragon.

Entónces los aliados tuvieron que habérselas con el duque de Vendôme, famoso caudillo á quien el rey de Francia había confiado el mando de los ejércitos de la Península. Era el duque renombrado por la suciedad de su persona, la brutalidad de sus maneras, la grotesca hufonería de su conversacion y la impudencia con que se abandonaba al más grosero é innoble de los vicios. Y era tan grande su pereza, que en medio de una ruda campaña y rodeado de peligros, se le vió pasar dias enteros sin moverse de la cama. Había costado su apatía no pocos y graves reveses á la casa de Borbon; pero cuando una circunstancia cualquiera determinaba en él una reaccion y lo despertaba de su letargo, desplegaba tantos recursos y tanta energía y presencia de ánimo como despues de Luxemburgo no había demostrado ningun general, y desquitaba con usura lo perdido.

En aquella crisis, Vendôme se mostró digno de la fama que gozaba como capitán ilustre. Partió de Talavera con sus tropas, y comenzó á perseguir á los aliados que iban en retirada con una rapidez sin igual en aquella estacion y en aquel país; y de esta suerte, marchando noche y dia, pasó á la cabeza de su caballería el rio Henares, y al cabo de pocos dias alcanzó á Stanhope, que se hallaba en Brihuega con el ala derecha del ejército aliado. «Ninguno de nos-

otros, dice el general inglés, sospechaba siquiera que se hallasen á algunas marchas de distancia cuando los vimos; así que debemos nuestra desgracia á la increíble diligencia de sus tropas.» Stanhope no tuvo tiempo sino para enviar un mensajero al centro de su ejército, que se hallaba á algunas leguas de Brihuega, cuando Vendôme cayó sobre él. Atacó la poblacion por todas partes; hizo jugar la artillería, y voló edificios por medio de minas: los ingleses sostuvieron un fuego terrible mientras tuvieron pólvora; luégo pelearon á la bayoneta desesperadamente contra fuerzas superiores, llegando hasta á incendiar las casas que habían ocupado los de D. Felipe; pero todo fué en vano; y comprendiendo el general inglés que la resistencia sería inútil, concluyó una capitulacion, y sus valientes soldados quedaron prisioneros de guerra bajo muy honrosas condiciones.

Acababa el de Vendôme de firmar la capitulacion cuando supo que Staremburg llegaba en auxilio de Stanhope, y se preparó en seguida para la batalla. En efecto, al dia siguiente de la rendicion de los ingleses, tuvo lugar la sangrienta batalla de Villaviciosa, en la cual, si bien quedó Staremburg por dueño del campo, Vendôme recogió el fruto de la jornada. Los aliados clavaron su artillería, retirándose hácia la parte de Aragon; mas, hostilizados allí por el caudillo frances y las guerrillas que los seguían, sin dejarles un momento de reposo, huyeron á Cataluña, en ocasion precisamente que un ejército enemigo desembocaba del Rosellon y la invadía, lo cual puso al general austriaco en la necesidad de refugiarse en Barcelona con 6.000 hombres, abatidos ahora de espíritu y de cuerpo, y no hacía mucho pertenecientes á un ejército victorioso y grande. La ciudad condal era casi la única poblacion de España que acataba todavía la autoridad del archiduque.

D. Felipe se hallaba entónces en Madrid más seguro que su abuelo en Paris. La esperanza de conquistar la península española estaba perdida; pero no de rendirla en otras partes, en que la casa de Borbon se hallaba reducida á la última extremidad. Los ejércitos franceses habían sufrido una serie de grandes derrotas en Alemania, Italia y los Países Bajos; un ejército inmenso, exaltado por una serie de triunfos señalados, y dirigido por los primeros capitanes del siglo, se hallaba en las fronteras de Francia; y Luis XIV, forzado á humillarse ante los conquistadores, llegó hasta el punto de ofrecer el abandono de la causa de su nieto, lo cual rechazaron todos, sin advertir que los acontecimientos podían de un momento á otro cambiar de aspecto, como así fué.

En Inglaterra, la administracion que había comenzado la guerra contra la casa de Borbon se

componía de *torys*; pero la guerra era *whig*, y constituía la obra favorita de Guillermo, el rey *whig*. Luis XIV la había provocado reconociendo como soberano de Inglaterra á un príncipe odioso principalmente al partido liberal, y este acto había colocado á la nacion en actitud decididamente hostil á la única potencia que podía prestar auxilio eficaz al pretendiente. Aliada la nacion á un Estado republicano y protestante que había contribuido á la revolucion y se hallaba dispuesto, además, á garantir el Acta de establecimiento; viéndose Marlborough y Godolphin más y mejor apoyados por sus antiguos adversarios que por sus amigos de antaño, y convertidos, poco á poco, á las opiniones de los *whigs* aquellos de los ministros que más querían la guerra, los demas se retiraron, siendo reemplazados por *whigs*. Cowper fué nombrado canceller, y, á despecho de la justificada antipatía de la reina Ana, Sunderland obtuvo la cartera de Estado. Aún fué más radical el cambio á la muerte del príncipe de Dinamarca, porque Wharton pasó á la lugartenencia de Irlanda, y Somers á la presidencia del Consejo, quedando entónces por completo la administracion en manos del partido de la baja iglesia.

En 1710 tuvo lugar un cambio más brusco y completo aún. En el fondo de su corazon, la reina Ana había sido siempre tory; y así como sus sentimientos religiosos se hallaban de todo punto conformes con los principios de la Iglesia establecida, y sus afecciones de familia la inclinaban á favor de su hermano desterrado, sus instintos egoistas la predisponían á fomentar los planes de los defensores de la prerogativa. El afecto que profesaba á la duquesa de Marlborough era la más sólida y grande garantía de los *whigs*; pero, andando el tiempo, aquel cariño se convirtió en odio profundo; y miéntras el poderoso partido político que por tan largo espacio había gobernado los destinos de la Europa era objeto de la guerra sorda y sostenida que le hacían algunas damas de la servidumbre de Saint-James, iba á estallar una violenta tempestad sobre la nacion con motivo de las indiscretas y necias palabras pronunciadas en un sermón por cierto fanático, y que iban dirigidas á condenar los principios revolucionarios. Porque, aún cuando los individuos más prudentes del gobierno se inclinaban á dejar pasar como desapercibido el discurso del predicador, inflamado Godolphin del celo de los *whigs* nuevamente convertidos, y exasperado, sobre todo, con el mote que le aplicó el buen padre desde el púlpito, insistió con singular empeño en que el eclesiástico fuese llevado á los tribunales, y, habiendo prevalecido su opinion sobre la del sabio y amable Somers, que se oponía, tuvo lugar el proceso. El doctor fué condenado; pero sus acusadores se perdieron. El clero acudió en socorro del com-

pañero perseguido, la nobleza del campo apoyó al clero, y los instintos *torys*, en fin, se despertaron con una vivacidad y una fuerza tal como no se había visto en Inglaterra otro ejemplo desde los últimos años del reinado de Carlos II. Los ministros cedieron entónces á la actitud amenazadora del país, y la reina cobró ánimo con esto, despidió á los *whigs*, llamó al poder á Harley y á Saint-John, y disolvió el Parlamento. Las elecciones fueron muy desfavorables al partido que acababa de caer. Stanhope, que fué presentado candidato en Westminster, quedó vencido por un tory. Entónces, al verse dueños del nuevo Parlamento, concibieron los ministros el proyecto de concluir la paz con Francia. Todo el sistema de alianza en que se hallaba empeñado el país era *whig*, y como, además, el general que constantemente había conducido á la victoria los ejércitos ingleses, y á quien era imposible reemplazar, cualesquiera que hubiesen sido en otro tiempo sus opiniones, á la sazón era *whig*, el Gobierno temía, no sin fundamento, que si separaba á Marlborough ocurriese un desastre, y si lo conservaba al frente de las tropas, cada nuevo triunfo suyo sirviera para dar más prestigio y mayor influencia á su partido. De consiguiente, la paz fué concluida entre la Inglaterra y los príncipes de la casa de Borbon. Lord Mahon censura con gran severidad este hecho de los *torys*, lo cual no extrañamos en él, porque, á decir verdad, es un *whig* de la época del primer lord Stanhope; pero á nosotros, sin embargo de parecernos los *whigs* del reinado de Ana muy superiores por su prudencia y su espíritu público á los *torys* sus contemporáneos, antójasenos que no estamos por eso obligados á defender todos los actos de nuestro partido predilecto; porque un historiador no se halla en el caso de los hombres políticos que, á las veces, se ven forzados á consentir y á defender lo que más les desagrade para no poner en peligro cosas que considera de importancia vital para la fraccion á la cual pertenecen, sino, por el contrario, en el deber sagrado de señalar y hacer públicos los errores de aquellos cuya conducta general admira y aplaude.

De aquí que nos parezca que, en el gran negocio que dividió á los ingleses durante los últimos cuatro años del reinado de Ana, los *torys* tuvieron razon, faltándoles por completo á los *whigs*, toda vez que el asunto era que la Gran Bretaña debía concluir la paz sin exigir que D. Felipe renunciase á la corona.

Nunca, desde la época del *bill* de exclusion hasta la del *bill* de reforma, hubo en Inglaterra una lucha parlamentaria tan violenta como la que se empeñó entre los autores del tratado de Utrech y el partido de la guerra. La Cámara de los Comunes estaba á favor de la paz; la de los Lores quería la lucha,

pero vigorosa y enérgica; y la Reina se vió entonces en la necesidad de examinar á cuál de sus dos principales prerogativas debía de recurrir para resolver el conflicto, á la de crear pares, ó á la de disolver el Parlamento. Entre tanto subió de punto el encono de las pasiones, y los vínculos de la fe política y de partido reemplazaron á los de vecindad y parentesco, llegando los individuos de las fracciones hostiles al extremo de no hablarse ni cambiar el saludo: las mujeres hacían público alarde en teatros y paseos de distintivos convencionales que daban á conocer la secta á que pertenecían, y al extenderse el cisma hasta los más lejanos condados de Inglaterra, dió lugar á que los bandos enemigos emplearan en el ataque y en la defensa de sus causas respectivas un talento y habilidad superiores á todo lo conocido hasta entonces en la controversia política. Porque mientras de una parte se veía á Steele animado y locuaz, embriagándose en su animosidad facciosa y en su propio inagotable ingenio, y á Addison con su culta y ática sátira, su fecunda é inagotable imaginación y su graciosa sencillez de estilo, veíase también al frente de la hueste contraria al más apasionado, más vehemente y más sombrío de los hombres, político apóstata, sacerdote inmoral, amante perjuro, cuyo corazón se abrasaba en odio á la humanidad y cuya elocuencia rebosaba de imágenes recogidas en los más inmundos lugares.

Triunfaron al cabo los ministros; se firmó la paz, y entonces vino la reacción. Y al ocupar el trono un nuevo monarca, mereciendo los whigs la confianza del Parlamento y del Rey, la injusta severidad con que los torys habían tratado á Walpole y á Marlborough, quedó vengada con creces: Harley y Prior fueron recucidos á prisión, y Bolingbroke y Ormond tuvieron que buscar refugio en tierra extraña. Las heridas causadas en esta lucha permanecieron abiertas y enconadas por largos años, trascurriendo muchos ántes de que los partidarios de uno y otro bando pudieran discutir con calma é imparcialidad en orden á la paz de Utrecht; porque los adversarios políticos del último siglo se echaban recíprocamente al rostro las más exageradas y falsas imputaciones, con decir que los ministros whigs habían vendido la patria á los holandeses y los torys á los franceses; que se había sostenido y continuado la guerra para enriquecer á Marlborough, y firmándose la paz á fin de facilitar la vuelta del Pretendiente. Sólo ahora es posible discutir el asunto con calma, y así vamos á manifestar en pocas palabras las razones en que fundamos nuestra opinión:

Dos peligros podían abrigarse respecto de la paz: el primero, que dejándose llevar D. Felipe de impulsos de afecto personal, se moviera y obrara de

acuerdo con la rama primogénita de su familia, favoreciendo el comercio francés con daño de la Inglaterra y aliándose á la Francia en las guerras que sobreviniesen más adelante; y el segundo, que llegando el caso de extinguirse la posteridad del duque de Borgoña, heredase la corona de Francia el rey de España, uniendo por tal manera dos grandes imperios bajo el mismo cetro.

A nuestro parecer, el primer peligro es quimérico, porque rara vez han ejercido gran influencia en las decisiones de los príncipes los lazos de familia, y el mismo estado de la Europa cuando se firmó el tratado de Utrecht demuestra que en política los vínculos fundados en los intereses y las conveniencias recíprocas son más fuertes que los vínculos de la sangre: el elector de Baviera había sido expulsado de sus dominios por su suegro: Víctor Amadeo estaba en guerra con sus yernos, y la reina Ana ocupaba un trono del cual había contribuido á echar al más cariñoso é indulgente de los padres.

Además, si bien era cierto que D. Felipe estaba acostumbrado desde su más tierna infancia á considerar á su abuelo con gran veneración, y podía y debía suponerse que la influencia de Luis XIV sería de mucho peso en la corte de las Españas, también lo era que el Monarca francés contaba más de setenta años de edad; que no podía vivir largo espacio y que su heredero era un niño en la cuna, no siendo de suponer, por consiguiente, que la política del Monarca español se moviese á impulsos de su afecto hácia un sobrino á quien jamás había visto siquiera.

En efecto, á poco de haberse firmado la paz, comenzaron las disensiones entre ambas ramas de la familia de Borbon, suscribiéndose una alianza entre D. Felipe y D. Carlos, que no hacía mucho se habían disputado la corona de Castilla, y viéndose al propio tiempo una infanta de España, prometida al rey de Francia, devuelta al seno de su familia paterna de la manera más irritante (1) y ofensiva. Es cierto que cincuenta años después de la paz de Utrecht se aliaron estrechamente los Gobiernos de Francia y España; pero en esta ocasión tampoco fueron movidos los dos monarcas por las afecciones de familia, sino por intereses y enemistades comunes; y su pacto, aunque denominado de familia, fué única y exclusivamente un pacto político como la liga de Cambray ó la de Pilnitz.

El segundo peligro consistía en que Felipe fuese llamado á ocupar el sólio de su patria, lo cual no sucedió; pero hubiera podido suceder, y hubo un

(1) El Gobierno español promulgó entonces un decreto disponiendo que todos los franceses residentes en el territorio de la monarquía salieran de él sin más tardanza.

momento en que la cosa pareció probable, en razón á que un débil niño era todo lo que había entre el rey de España y la herencia de Luis XIV. Es cierto que D. Felipe había renunciado solemnemente á sus derechos á la corona de Francia; pero la manera como había tomado posesion de la corona de España demostraba la poca eficacia de tales renunciaciones. Los jurisconsultos franceses podían declarar nula y de ningun valor la renuncia de D. Felipe por no hallarse conforme con las leyes fundamentales del reino, y el pueblo frances declararse entónces á su vez probablemente en favor de un príncipe á quien hubiera considerado como legítimo heredero y sucesor de Luis XIV. Saint-Simon, que no era tan decidido partidario de la monarquía hereditaria como la mayor parte de sus compatriotas, y que profesaba grande afecto al regente, hablando de este asunto manifestó en presencia del mismo que no apoyaría las pretensiones de la casa de Orleans en daño de las del rey de España. «Y si tal es mi modo de pensar, añadió, ¿cómo pensarán los demas?» Tambien es cierto que Bolingbroke se hallaba plenamente convencido de que la renuncia no tenía más valor que el papel en que se había escrito, habiéndola él pedido tan sólo para deslumbrar al pueblo y al Parlamento inglés.

Sin embargo, áun cuando la posteridad del duque de Borgoña se haya visto con grandes probabilidades de extinguirse, y pueda considerarse que si hubiera sucedido así, D. Felipe habría mantenido con éxito sus pretensiones á la corona de Francia, persistimos en defender el principio del tratado de Utrecht. En primer lugar, poco despues de la batalla de Villaviciosa el archiduque Carlos heredó, por fallecimiento de su hermano mayor, todos los dominios de la casa de Austria; y en verdad que si á esta sucesion hubiese añadido la inmensidad de los Estados de España, se habría visto comprometido de una manera por extremo peligrosa el equilibrio de las potencias europeas, áun cuando la reunion del Austria y de la España no fuera un hecho de tanta gravedad é importancia como lo hubiera sido ciertamente el de las dos vecinas monarquías de allende y aquende los Pirineos. Pero D. Carlos era emperador: D. Felipe ni era ni debía ser nunca Rey de Francia; y la certidumbre del menor de los dos males podía, sin duda alguna, pesar tanto en la balanza como la posibilidad del más grande.

Por lo demas, no creemos que la nacion española hubiera permanecido largo tiempo sometida á un emperador de Austria, ni á un rey de Francia; que el carácter de los naturales de la Península constituía para las potencias de Europa garantía más durable y sólida que cuantas pudieran estipularse en testamentos, renunciaciones más ó ménos solemnes y tratados. Porque si la España se hubiera visto ame-

nazada de convertirse en provincia francesa, el pueblo de Castilla habría vuelto á desplegar por su independencia y su libertad aquella misma viril é incontrastable fuerza de voluntad, aquel mismo indomable valor, aquella misma invencible constancia de que dió tan alto y noble ejemplo cuando Madrid se hallaba ocupado por los ejércitos de la alianza. Mostraron entónces los españoles que no se hallaban dispuestos á dejarse gobernar por extranjeros; y si D. Felipe hubiera tratado de regir los destinos de la Península por decretos firmados en Versalles, bien puede asegurarse que otra alianza habría conseguido fácilmente lo que la primera intentó en vano, levantándose la nacion en masa contra él con el mismo ardor con que ántes había peleado con él y por él en derredor suyo. Así pareció comprenderlo D. Felipe, porque si bien durante muchos años su más grande deseo fué ocupar el trono de su abuelo, no parece que nunca haya creído posible reinar á un mismo tiempo en su patria adoptiva y en su patria natural.

A estos peligros de la paz, nada formidables por cierto, hay que oponer los males de la guerra, temerosos siempre, y más en una lucha como la de España, y las probabilidades de un desastre. Los males de la guerra consisten en la pérdida de millares de vidas, en la paralización del comercio, en el sacrificio de las riquezas, en la acumulacion y aumento de la deuda, lo cual es bastante por sí solo para que necesite ser comentado. En cuanto á las probabilidades de un desastre, difícil es, al cabo de tantos años, calcularlas con exactitud, aunque no formase idea bastante aproximada de ellas. Los aliados habían vencido en Alemania, en Italia y en Flandes, siendo probable que pudieran penetrar hasta el corazon de la Francia; pero nunca, desde el principio de la guerra, había sido el porvenir tan sombrío y triste para ellos como lo era en el país mismo causa y objeto de la lucha. En España no eran dueños sino de algunas leguas cuadradas, y los españoles, en su inmensa mayoría, por carácter y temperamento resueltamente hostiles á los aliados. Si estos hubieran persistido en su empeño; si hubieran logrado alcanzar triunfos iguales á sus grandes esperanzas; si hubieran conseguido una serie de victorias tan señaladas y decisivas como las de Ramillies y de Blenheim; si París hubiera sucumbido al esfuerzo de sus armas, y caído prisionero el mismo Luis XIV, áun así no habrían podido conseguir su objeto de someter á España; que todavía entónces fuerza les hubiera sido luchar, sin tregua ni descanso, contra todo un pueblo indomable, en un país que ofrece las mayores dificultades para la guerra regular, y en el cual los ejércitos invasores así sucumben al hambre como al filo de la espada.

Por estas razones nos inclinamos á defender la paz de Utrecht, sin que nos causen admiracion los hombres de Estado ingleses que la concluyeron para bien de su patria, aunque impulsados tal vez de móviles egoistas.

MACAULAY.

Trad. de M. JUDERÍAS BENDER.

## UN PASEO POR MARRUECOS.

### XIII.

(Conclusion.) \*

Mogador, 24 Agosto 1876.

Vamos ahora á visitar el país, analizar sus recursos y estudiar los medios de establecer en él la tan deseada factoría.

Las tribus Bereberes en general se encuentran establecidas en la gran cadena del Atlas que cruza el Imperio desde el Océano hasta la frontera francesa de Argel; pero gran parte de este país está dominado por los Marroquíes, que sostienen guarniciones y gobernadores en Agadir, Tarudant, Taflete y otros puntos de menor importancia, quedando sólo en verdadero estado de independendencia las tribus nómadas que habitan el desierto, en el interior y en el litoral los Estados del Sus y Guad Nun.

La provincia del Sus empieza en las vertientes Sur del Atlas, y termina en el rio Asaca, al Sur del cabo Nun.

La parte Norte de esta provincia está sometida á Marruecos, cuyos límites marca la márgen derecha del rio Masa, y la capital marroquí, donde reside un gobernador por el Sultan, es Tarudant.

Desde el rio Masa hasta el rio Asaca hay un Estado independiente gobernado por Sidi Husein, que reside en Ir, punto no lejano de la costa, y la poblacion se compone de varias kábilas Bereberes, que viven en buena armonía con otras que se suponen descendientes de más de 50.000 cautivos cristianos que Yacub el Manzor (vencedor) trajo de España, y á los cuales, despues de haber empleado en la fábrica de Marruecos, dió terrenos que poblar en esta parte de sus Estados.

Desde la orilla izquierda del rio Asaca hasta el rio Chivicá hay varias kábilas independientes entre sí, pero que forman una confederacion, á cuya cabeza están los hijos del Beiruk, dominándolos á todos por su astucia y malas artes el Jebib Ben-Beiruk.

Desde el Chivicá hácia el Sur pueblan la costa tribus nómadas de costumbres feroces, sobre las cuales no se sabe nada de positivo.

Esta es, en conjunto, la comarca de que me propongo dar á usted una ligera idea, prescindiendo de las tribus del interior y limitándome sólo al litoral, que es la parte que más nos interesa.

Saliendo de Mogador con direccion al Sur, se encuentran tres rios poco considerables que corren por un país algo quebrado, pues desde las orillas del mar empiezan á arrancar las estribaciones del Atlas, que por este lado llaman los naturales Gebel Drah, y á los cuatro dias de marcha llega el viajero ante las derruidas murallas de Agadir, poblacion por cierto muy poco conocida de los europeos.

Santa Cruz ó *Agadir*, en idioma Berebere, es lugar amurallado, y como hay en el país otros que tambien son amurallados, y por consiguiente tienen el mismo nombre, los indígenas le añaden un sacado de las circunstancias de la poblacion; y así, para distinguirla de otras, llaman á Santa Cruz Agadir-n-Ir'ir (el recinto amurallado del codo), porque en efecto está edificada en un recodo que forma el cabo Gir ó Ras Aferni, como le dicen los moros.

La poblacion se eleva sobre una colina de 650 piés de altura, dominando una ensenada que ofrece buen fondeadero con vientos del N. E. durante la temporada de verano, en que constantemente reinan; pero en invierno, que dominan los vientos del O., no tiene abrigo.

Esta ciudad nació á la sombra de una torre que elevó allí un caballero portugués para proteger una pesquería que se estableció en 1500 y tomó el nombre del castillo, que era Santa Cruz para los cristianos, Dar el Rumia para los Arabes, y Tiguimmi Rumi para los Bereberes, significando ambos nombres en sus respectivos idiomas casa de los cristianos.

Debajo de la colina, é independiente de la ciudad, parece que los portugueses habían construido otra poblacion ó almacenes en el fondo de la bahía, si ya no es que las ruinas que se ven hayan pertenecido á establecimientos anteriores.

Mármol y Diego Torres hablan de una ciudad llamada Tul, cercana á una mina de cobre y de laton que tomaron por asalto los Sherifes en 1517, y el último de estos autores menciona además otra próxima tambien á Agadir y tomada igualmente por los moros despues que Tul, designándola con el nombre de Turucuco.

Por lo que indican Mármol y Diego Torres, Tul debía estar situada en la sierra; y en efecto, á 25 kilómetros al E. de Agadir se encuentra Tul; pero de Turucuco no he podido averiguar nada.

A una milla escasa de la costa, sobre una extensa meseta distante al N. de Agadir dos millas, se encuentran unas ruinas, y paralelas á ellas, pero una milla más al E., otras que, como las primeras, las reputa la gente del país obra de los cristianos, y

\* Véanse los núms. 123, 124, 126, 128, 129, 130 y 131, págs. 27, 48, 121, 168, 210, 244 y 282.

cualquiera de las dos puede ser la Turucuco de Diego Torres.

Hoy Agadir no es más que una miserable aldea habitada apenas por un centenar de personas que arrastran una vida miserable.

En algunos mapas hay señalada una población llamada Fonti (corrupción de la palabra portuguesa *Fonte*), que no existe, pues Fonti no es otra cosa que una fuente que hay cerca de las ruinas de que he hablado antes.

A cinco millas al Sur de Agadir se encuentra la desembocadura del río Sus: siete millas más allá, siguiendo siempre la misma dirección, hay un fondeadero llamado *de los siete pozos* (Suveiniyeh), cerca de una pequeña población.

Doce millas más al Sur está la embocadura del río Masa, donde terminan los Estados del emperador de Marruecos, y empiezan los de Sidi Husein el Hachen.

Una ligera inflexión de la costa, designada por los marinos con el nombre de *Agulah*, está formada por varias colinas que encajonan el curso del Assa, á cuya orilla se ve el pueblecillo de Aguiluk, cuyos habitantes se creen independientes, á su vez, de Sidi Husein.

Los demás puntos de la costa, que sería prolijo describir, son Tamasert, que puede ser el *Porto Requela* que señalan las cartas antiguas, Mireleft, Arawast, Ifni y Sidi Warzek, situado sobre el cabo Nun.

Al Sur de este cabo, sobre una colina aislada, se ven las ruinas de una ciudad, y aun cuando no son más que ruinas, me detendré en ellas algún tiempo, pues para nosotros tienen gran importancia.

Muchos mapas modernos llaman al cercano río de Asaka, á la provincia y á las ruinas, Nun; y con el mismo nombre y con los de No y Nou se encuentran en muchos y muy antiguos mapas.

Esta diferencia de nombres ha hecho nacer muchas etimologías que no dejan de ser curiosas.

Mármol dice que los portugueses llamaban al cabo *Nov*, porque cuando llegaban á él los buques, antes de que la costa fuera más conocida, viraban en redondo sin atreverse á pasar más allá.

Davidson y D. Joaquin Gatel, aceptando la etimología indígena, pretenden que Agadir Nuna (fuerte de Nuna) se llama así porque lo fundó y en él vivió una reina cristiana; pero oyendo pronunciar bien el nombre, se ve que su verdadero significado, como entendió Chenier, es el de *Duma* (palmera enana).

Esta ciudad se llama también Agüidir (fuertecillo) y Jorba entre los indígenas, conociéndola los europeos con el nombre de Santa Cruz la pequeña ó de Mar pequeña.

Semejante confusión ha sido causa de que se originen dudas acerca de la verdadera situación del puerto, junto al cual, según nuestro tratado de paz

con Marruecos, tenemos derecho á fundar una pesquería, creyendo unos que esta ha de establecerse en Agadir Duma y otros en Agadir-n-Ir'ir.

Los que hicieron el tratado fueron muy poco explícitos en este punto; pero los inconvenientes de esta ligereza no tardaron en tocarse, pues en cuanto nuestro gobierno exigió el cumplimiento del artículo 8.º, los moros declararon que estaban dispuestos á cumplir sus compromisos, pero que el punto cedido era el situado en la orilla izquierda del río Asaka, y, por lo tanto, dentro del territorio independiente del Sus, que, como hemos visto, termina en este río, lo cual causó la admiración de muchos que de buena fe creían que el punto cedido era Agadir-n-Ir'ir.

Aun cuando no puede explicarse este error, el hecho es que los plenipotenciarios españoles, por falta de conocimiento del país, fueron engañados por el astuto ministro del Sultán, el cual cedió á sabiendas un terreno que no le pertenecía, como con más franqueza declararon los marroquíes al hacer el tratado de 1767, cuyo artículo 18 copié anteriormente.

A pesar de todo lo que se diga y de la aparente confusión que puede haber, el hecho es que los moros tuvieron bastante habilidad para marcar el punto que cedían de tal suerte, que no queda lugar á duda, y así ellos, cuando se trató de señalar el terreno y fijar los límites de la pesquería, no vacilaron en asegurar, lo que bien sabían al firmar el tratado, que en aquel sitio no tenía autoridad el Sultán.

El artículo 8.º dice: «S. M. Marroquí se obliga á conceder á perpetuidad á S. M. Católica en la costa del Océano, *junto á Santa Cruz la pequeña*, el territorio suficiente para la formación de un establecimiento de pesquería como el que España tuvo allí anteriormente.»

Si nuestros plenipotenciarios hubieran conocido la geografía del país y hubieran designado por su nombre propio el terreno que para factoría pidieron, no hubieran confundido á Santa Cruz sólo con Santa Cruz *la pequeña* ó *de mar pequeña*, y si á los moros les hubieran pedido Agadir-n-Ir'ir no se hubieran conformado con Agadir Duma ó Agadir Nuna.

Si nuestros plenipotenciarios hubieran recordado que Santa Cruz á secas jamás fué posesión española, hubieran caído en la cuenta de que lo que querían pedir era Santa Cruz la pequeña, que fué donde D. Diego de Herrera construyó una torre que en 1492 pertenecía á la corona de España.

Y, por último, si nuestros plenipotenciarios hubieran tenido presente que donde aspiraba España fundar su pesquería desde el siglo pasado era *al Sur del cabo Nun*, y que en estas comarcas no im-

peraba el Sultan, se hubieran abstenido de pedir una cosa que no se les podía conceder.

El gobierno marroquí, que en aquellas circunstancias estaba dispuesto á hacer cualquier sacrificio para obtener la paz, debió alegrarse mucho al ver la candidez con que nuestros plenipotenciarios se contentaban con una cesion de terreno que había despues de resultar ilusoria.

Esto es lo que ha sucedido respecto á este punto: sigamos ahora haciéndonos cargo del resto de la costa, en la cual hasta cerca de cabo Jubi no se encuentra ninguna poblacion, estando toda aquella comarca habitada por tribus nómadas sin residencia fija.

En el interior hay algunas, siendo las más notables Ir, residencia de Sidi Husein Ben Hachen, y capital del Sus, y Glimin, capital de Guad Num y residencia de los hermanos Beiruk, jefes del país.

Estos vastos terrenos, comprendidos entre el rio Masa y el cabo Jubi, son en general bastante fértiles, produciendo en abundancia, á pesar de lo mal cultivados que están, trigo, cebada, maíz, orchilla, tabaco, almendras, garbanzos, habas, aceite de oliva y de argan, y mucho ganado; las caravanas que de allí salen para Tumbuctú, traen todos los años grandes cantidades de marfil, oro, goma y plumas de avestruz, siendo incalculable la riqueza de sus muchas é inexploradas minas.

El gobierno patriarcal parece ser el único que los pueblos del Sus y Guad Nun conocen; y si bien hay algunos jefes hereditarios, su poder no es tan ilimitado que no les obligue á consultar la voluntad de sus kábilas.

Sin nacionalidad, sin leyes fijas y bien determinadas, sin gobierno regular, tal como nosotros lo entendemos, viven en un estado de anarquía normal que ahoga en ellos todo buen instinto, y diariamente los arrastra á estériles y fraticidas luchas.

Un pueblo así es un pueblo muerto, cuyos despojos pertenecen al primero que quiera aprovecharlos, y á este fin deberían tender los esfuerzos de nuestros gobiernos, aprovechando las relaciones que nuestros atrevidos pescadores de las cercanas islas sostienen con aquellos naturales y las condiciones en que nos encontramos á consecuencia del tratado de paz celebrado con Marruecos.

Si no bastara á comprobar la necesidad de un establecimiento español en las costas del Sus ó Guad Nun el gran deseo que de ello tienen las islas Canarias, para las cuales es cuestion de vida ó muerte, sería el deber que tiene la nacion de velar por sus súbditos, evitando que giman cautivos largos años cuando la suerte los arroja sobre aquellas inhospitalarias playas.

Un establecimiento semejante reportaría á nues-

tra patria grandes é indiscutibles ventajas políticas y comerciales.

Desde muy antiguo la historia nos viene enseñando que lo primero en que pensaron todas las razas que han dominado en la Península, fué el establecerse en Marruecos; nosotros mismos teníamos en el Imperio importantes establecimientos que nos hubieran asegurado su posesion, pero exceptuando las Chafarinas, Melilla, el Peñon y Ceuta, uno á uno los fuimos perdiendo al paso que la nacion se hundía en la miseria.

Trastornados por la revolucion que introdujeron en el mundo los descubrimientos de Colon y las conquistas de Cortés, Pizarro y tantos otros ilustres capitanes y viajeros que á tanta altura colocaron á España durante el siglo XVI, hemos buscado allende los mares lo que á las puertas de casa teníamos; y presa de un vértigo infernal, que aún dura, generaciones enteras abandonan la madre patria, y durante tres siglos dejan yermos sus campos, huérfanas sus ciudades, para ir al Nuevo Mundo á cimentar con sus vidas ingratas nacionalidades, que hoy son los enemigos más encarnizados de la patria que les dió el sér.

Este resultado tan triste es lógico, como todo lo que sucede en este mundo, que lo mismo en el órden moral que en el físico obedece á reglas fijas é inmutables.

Todas las faltas que el hombre comete son hijas de su egoísmo, que no le permite razonar con tranquilidad. España ha cometido la falta de creer que colonias tan lejanas estarían siempre sujetas á la metrópoli, y hoy paga en los campos de Cuba con la flor de su juventud las consecuencias de este error.

Las colonias, á mi modo de ver, no son más que los hijos de la metrópoli; á su sombra nacen y se desarrollan hasta que pueden vivir por sí; entónces, como las costumbres y las necesidades son distintas, aspiran á tener vida propia, adecuada á su modo de ser, como el hijo mayor de edad que no puede sujetarse á vivir bajo la férula de un padre que pretende conducirlo como cuando era niño.

Llegado este inevitable caso, los gobiernos sensatos conceden el derecho de regirse por instituciones que se amolden al modo de ser de la colonia, el cual difiere y se aparta de la manera de vivir y costumbres de la madre patria en proporcion á la distancia que de ella los separa, y sin romper los lazos que las unen, les dejan cierta autonomía que es tan beneficiosa para las unas como para la otra.

Por no haber observado esta prudente conducta, nos separan de las que fueron nuestras colonias, de los países que nos deben riqueza, nombre, historia, idioma y civilizacion, una profunda sima henchida de sangre é implacables odios; por la misma causa en

los hermosos campos de la Gran Antilla, al grito nefando de «Muera España,» corre á torrentes nuestra sangre mezclada con la de nuestros hijos.

Confío que tan horrible espectáculo, lección tan ruda, no sean pérdidas para nuestros gobernantes y legisladores, los cuales, vencida como espero que pronto lo estará la insurrección cubana, se apresurarán á establecer allí un régimen algo parecido al que Inglaterra observa en sus lejanas posesiones del Canadá y Australia.

Pero aún cuando tan feliz resultado se obtenga, queda aún mucho que hacer por el país; es preciso, si no atajar, dar al ménos una dirección ventajosa al torrente de emigrantes que van á llevar á extraños países nuestra riqueza y vigor; es preciso que nuestras lejanas y perdidas colonias se reemplacen por otras más próximas, y que á ellas afluyan las numerosas familias que todos los años abandonan la península é islas adyacentes para contribuir á la prosperidad de América y Argel; es preciso, por último, abrir nuevas salidas á los productos de nuestro suelo é industria y dar ocupación á nuestra marina mercante.

Insensato sería pretender que en las actuales circunstancias, arruinada nuestra Hacienda y perdido el crédito, empuñáramos la espada del conquistador y nos lanzáramos sobre Marruecos: semejante conducta sería insensata, despertaría los celos de las demás naciones y acabaría de consumir nuestra ruina.

Pero si este no, en cambio nos es lícito y aún nos obliga el deber á sentar la primera piedra del edificio de nuestra futura grandeza.

La obra es árdua, durará muchos años; pero todas las generaciones deben hacer algo en favor de las que les sucedan, y nosotros hasta ahora no podemos legar á nuestros hijos más que páginas de sangre, nombres manchados con la traición y el perjurio, hechos que valdría más para nuestra patria que jamás figuraran en las páginas de la historia. Es preciso, pues, que hagamos algo para ocultar tanta miseria, tan asquerosa podredumbre.

Basándonos en el art. 8.º de nuestro tratado de paz, si el Emperador no es dueño de aquellos dominios, nosotros podemos entendernos con los que los ocupan y poner el pié en la costa occidental de Marruecos, encerrándolo en un círculo de fortalezas españolas que, empezando en el Océano, en Santa Cruz de Mar pequeña, concluiría en las Chafarinas, plazas todas importantes, cercanas á nuestras costas y que proporcionarían excelentes bases de operaciones en caso de una nueva guerra con los moros.

Conseguido esto, era preciso cambiar la política que se sigue en este país, ó, por mejor decir, seguir una, pues hasta aquí se ha vivido al día, sin plan

fijo, sin objetivo, lo cual nos ha valido frecuentes complicaciones, el natural descrédito, y que nuestras plazas, que podían ser emporios del comercio y las más seguras prendas de nuestra influencia, se trasformen en nuestras manos en inútiles y costosos presidios.

Los jefes de nuestras plazas, sin instrucciones especiales, sin reglas que les tracen una línea de conducta determinada que conduzca á un resultado práctico, se han creído siempre al frente del enemigo, han visto en los moros fronterizos guerreros con quienes combatir, y arrastrados por el natural ardimiento y turbulencia de nuestra sangre, animados quizás por el deseo de distinguirse en su carrera, no sólo no evitan, sino que en más de una ocasión provocan conflictos con las tribus fronterizas, con las cuales, dada su enemistad con el Sultán, tan fácil les hubiera sido negociar y conseguir su alianza.

El Gobierno, es decir, todos los que hasta ahora hemos tenido, que no son pocos, lejos de aprovechar las circunstancias favorables, lejos de aplicar el conocido principio de «divide y vencerás,» han hecho causa común con el Imperio, llegando hasta el extremo de permitir que se establezcan aduanas marroquíes dentro del límite de nuestras plazas, restringiendo su comercio, que nuestro deber era fomentar, con todas las prohibiciones del arancel de Marruecos.

Lejos de fomentar la emigración de españoles á este Imperio, se ha hecho volver á Argel á los que de allí vinieron durante la ocupación de Tetuan, prohibiéndoles una á una todas las industrias á que se dedicaban.

Para las tribus vecinas á nuestras plazas, casi todas ellas apenas sometidas al Sultán, no tenemos más que plomo y hierro; para su enemigo, para su tirano el emperador de Marruecos, tenemos cariño, amistad y condescendencia, y aún le prestamos nuestra ayuda para sacar recurso de kábidas casi independientes.

¿Es esto digno? ¿Es político?

No obraron así ciertamente los conquistadores de la India Dupleix, Clive, Hastings y sus sucesores.

Mas, para qué buscar ejemplos en el extranjero, cuando en nuestra propia casa los tenemos y podemos leer en la segunda de las *Cartas de relacion*, escritas por Hernán-Cortés, un párrafo que dice así:

«Vista la discordia y desconformidad de los unos y los otros, no hube poco placer, porque me pareció hacer mucho á mi propósito, y que podría tener manera de más aína sojuzgarlos y que se dijese aquel común decir *del monte*, etc., y aún acordéme de una autoridad evangélica, que dice: *Omne regnum in se ipsam desolabitur*; y con los unos y los otros maneaba, y á cada uno en secreto le

agradecía el aviso que me daba, y le daba crédito de más amistad que al otro.»

Este párrafo que acabo de copiar parece trazarnos la marcha política que en Africa debemos seguir, aplicándola en las relaciones con el Imperio en general, y en particular con los jefes independientes de Sus y Guad Nun, si se consigue establecer la pesquería á que tenemos derecho por nuestro tratado de paz y la factoría que aspiran fundar las islas Canarias.

Resumiendo, lo que se necesita aquí y lo que nos conviene es:

1.º Fomentar nuestro comercio con Marruecos, hoy por cierto muy escaso, para lo cual es indispensable un buen tratado, pues el que rige no sirve.

2.º Crear una poblacion indígena, musulmana ó católica, pero que hablara el árabe y vistiera el traje del país.

Para ésto podían servir de base los desertores de nuestros presidios que han renegado y hayan vivido cierto número de años en el país observando buena conducta y teniendo familia.

En este caso hay muchísimos que llevan de residencia aquí hasta 40 años, son jefes de familias numerosas, y algunos observan una conducta irreprehensible.

Sin permitir á los desertores volver á España, debería conservarse á sus hijos la nacionalidad, y al cabo de algun tiempo tendríamos una poblacion hispano-árabe que podría servirnos mucho en lo porvenir.

3.º Cultivar las buenas relaciones con las kábilas fronterizas á nuestras plazas y procurar que en vez de presidios se trasformen estos en puertos comerciales por donde salgan y sean conocidos en el país nuestros productos.

4.º Y, por último, establecer en Santa Cruz de Mar pequeña, ó en otra parte, la factoría á que tenemos derecho, y favorecer á las Canarias en su proyectado establecimiento en la costa, áun cuando no sea más que por no quedarnos rezagados de los ingleses, que piensan crear una *estacion* en la desembocadura del Belta, para hacerla centro de los estudios que se van á hacer para abrir un mar en el desierto, justamente entre los cabos Jubi y Bojador, es decir, *frente á las Canarias*.

Pero ya es tan larga esta carta, que calculo estará usted aburrido, y concluyo copiando un trozo, que por ser del Sr. Cánovas del Castillo, hoy presidente del Consejo de ministros, me hace concebir la esperanza de que el Gobierno tenderá la vista á esta parte del mundo para nosotros tan importante:

«Pero hay una ley histórica que hemos venido observando al través de los siglos en el Morgreb-el-

Aksa, la cual dice claro que el pueblo conquistador que llegue á dominar en una de las orillas del Estrecho de Gibraltar, ántes de mucho tiempo dominará en la orilla opuesta. Esta ley no dejará de cumplirse. Y si no hay en España bastante valor ó bastante inteligencia para anteponerse á las otras naciones en el dominio de las fronteras playas, dia ha de llegar en que sucumba nuestra independencia y nuestra nacionalidad desaparezca quizás para no resucitar nunca. Ahí enfrente hay para nosotros una cuestion de vida ó muerte: no vale olvidarla; no vale volver los ojos á otra parte; el dia de la resolucion llegará, y si nosotros no atendemos á resolverla, otros se encargarán de ello de muy buena voluntad. En el Atlas está nuestra frontera natural que no en el canal estrecho que junta el Mediterráneo con el Atlántico: es leccion de la antigua Roma.»

Lo mismo quería yo decir, pero no atreviéndome á profetizar, me amparo con la indiscutible autoridad del Sr. Cánovas del Castillo, que sabrá sostener sus palabras.

Ahora, querido amigo, dispense usted que tan largo tiempo y con tan árido asunto haya distraido su atencion, y disponga de la sincera amistad de su amigo y servidor,

J. ALVAREZ PEREZ.

## LOS CARTONES

### DE SEMILLAS DE GUSANOS DE SEDA DEL JAPON.

La industria de la sericultura da lugar en Francia á un inmenso movimiento de capitales. La estadística oficial que, como todos los documentos de este género, se retrasa prodigiosamente, nos muestra que la cantidad de semillas destinadas á la germinacion en el año de 1871, se elevó á 796.656 onzas de 25 gramos, que importaron 14.789.995 francos, y que la produccion en capullos llegó á la respetable cifra de 52.406.405 francos. En los departamentos del Gard, del Ardèche, de la Drôme, de Vancluse, del Isère, de las Bocas-del-Ródano, del Hérault, del Var, etc., es donde constantemente y por orden de importancia tiene más esplendor esta industria. Resulta de esta nomenclatura que cuanto más nos dirigimos hácia el Norte, aumenta más la proporcion de los capullos, al ménos en los departamentos que son grandes productores. Compréndese de cuánta importancia son todas las noticias que puedan traer nuevos elementos á una industria que, á pesar de los desastres de ciertos años, toma cada dia nuevo incremento. Las enfermedades tan diversas y por

tanto tiempo desconocidas, que han aniquilado, por decirlo así, nuestras hermosas razas de gusanos de seda, nos han determinado á pedir al extranjero las semillas destinadas, ya á regenerar por el cruzamiento nuestras razas indígenas, ya á aclimatarlas en las comarcas más análogas á sus países originarios. Así es como hemos explotado sucesivamente la Grecia, el Levante, la China, y, en fin, el Japon.

Del archipiélago japonés, Nipon, la mayor de las islas que lo componen, es la única que produce la seda; pero igualmente en todas las direcciones, del Norte al Sur y del Este al Oeste, se extienden inmensas plantaciones de moreras, que todavía serían más considerables con una población más densa. A causa de diferencias muy pronunciadas de altitudes, el clima es extremadamente vario, por lo que se observan divergencias características en las diversas razas de gusanos de seda, diferencias que se hacen todavía más sensibles por la multiplicidad de los procedimientos de educación y de explotación. No es nuestro intento entrar aquí en el detalle de los métodos aplicados al cultivo de la morera, á la cria del gusano y á la industria del hilado; queremos estudiar solamente, en esta corta exposición, lo que es peculiar á la recolección de la semilla, así como al modo de confeccionar los cartones.

Puede dividirse Nipon en tres zonas arbitrarias, pero bien distintas sin embargo: en la zona septentrional, que es la más extensa, en las cercanías de la ciudad de Yonesawa (provincia de Ouzen) se encuentran en un delicioso valle las poblaciones de Koïdé y de Marita, muy conocidas por la cualidad superior de sus cartones, y después la villa de Sendaï en la provincia de Rivouzen, donde se recolectan las razas robustas y vigorosas, verdes ó blancas. Esta zona suministra cerca del 25 por 100 de la producción total de las semillas de gusanos de seda del Japon. Entre las provincias que componen la zona central, que sola produce el 70 por 100 de la recolección principal del país, Sinshiou posee una raza verde, pequeña, pero sana, concentrada en las cercanías de Oueda, en el Norte de la provincia, que proporciona el 60 por 100 de la producción de toda la zona. En las otras provincias es muy inferior el rendimiento; tanto es así, que en el Djoshiou y en el Moushashi, no llega más que al 15 por 100, y en el Sagami la construcción de los cartones, concentrada en la frontera de Moushashi, es, por decirlo así, insignificante, tanto más, cuanto que la raza es mediana.

En la zona austral, donde sólo se recolecta el 5 por 100 de la producción total, la sericultura está casi toda alrededor de la villa de Nogahama, en la provincia de Goshiou, que rodea el lago de Biwa.

Es imposible suministrar datos exactos y precisos

acerca de la importancia de la exportación de los cartones, pues las estadísticas japonesas varían de una manera fantástica. Sin embargo, según las relaciones del cónsul inglés en Kanagawa, M. Russel Robertson, en 1872 se habían vendido á los semilleros extranjeros 1.280.525 cartones, por una suma de 1.920.787 dollars, y en 1873, 1.409.537 cartones, apreciados en 3.032.360 dollars, lo que da un aumento para 1873 de 1.111.573 dollars. Se comprenderá mejor esta diferencia cuando se sepa que en 1873 se ha abierto el mercado más tarde que de ordinario, no habiendo tenido lugar las primeras sino en los comienzos de Octubre. Los compradores estaban poco dispuestos á pagar los cartones á los precios elevados que los vendedores exigían; pero comprendiendo que por consecuencia de las medidas restrictivas adoptadas por el gobierno japonés, la exportación no excedía de la cifra de 1.250.000 á 1.300.000 cartones, se vieron obligados á pasar por las exigencias de los vendedores.

Las cosas han pasado con corta diferencia de la misma manera en 1874: aleccionados los japoneses por la experiencia de años precedentes, y sabiendo que pasando de 1.250.000 descenden los cartones á un precio bajo, pidieron al gobierno retirar de la circulación el 30 por 100 de los destinados á guardar la semilla.

La importación llega en Francia á 1.425.000 cartones, cuya procedencia se distribuye por provincias de la manera siguiente:

Sinshiou.....	606.000
Oshiou.....	290.000
Djoshiou.....	150.000
Goshiou.....	145.000
Koshiou.....	96.000
Otras procedencias.....	138.000
	1.425.000

De este número, 100.000, que primitivamente estaban destinados al semillero indígena, se vendieron de contrabando. En cuanto á los cartones bivoltinos (4), fueron completamente descartados y parecen excluidos en adelante de la demanda.

(4) La mayoría de los campesinos japoneses no crían, en efecto, otros gusanos de seda que los que dan una cosecha por año; existen, sin embargo, algunos que persisten en criar los *natsou-so*, ó gusanos de estío, que designamos en Europa con el nombre de bivoltinos ó polivoltinos (que dan dos ó más cosechas). Estos gusanos de seda no labran sus capullos en la misma época que los gusanos de seda ordinarios; su primera educación es de 15 á 20 días ántes que la de los últimos; la segunda de 15 á 20 días más tarde que la de éstos. Los gusanos de seda polivoltinos no son estimados, porque dan capullos de poco peso y de una seda relativamente floja, que, á pesar de la doble recolección, no indemniza de las pérdidas de tiempo y de cuidados ocasionados por una segunda educación.—(Sira Kawa de Sendaï, *Traité de l'éducation des vers á soie au Japon*, traduit par Leon de Rosny.)

Tomamos de M. E. de Bavier (1), reduciéndolo, el siguiente cuadro:

AÑOS.	EXPORTACION DE LOS CARTONES PARA EUROPA.	PRECIO DE LOS CARTONES EN DOLLARS.	TOTAL EN DOLLARS.
1863	30.000	Venta secreta: precios desconocidos.	2.000.000
1864	320.000	Precios irregulares: de 1 á 2 dollars.	
1865	2.450.000	Precios irregulares: ninguna diferencia entre los gusanos anuales y los bivoltinos, de 0,25 á 2.	2.100.000
1866	950.000	Mejores del año . . . . . 4,00 á 3,00 Medianos . . . . . 1,30	
1867	800.000	Bivoltinos . . . . . 0,50 á 1,50 Mejores del año . . . . . 4,00 á 4,50	3.000.000
1872	1.280.000	Mejores del año . . . . . 2,50 á 3,50 Medianos . . . . . 1,50 á 2,50	

Como más arriba decimos, el gobierno japonés, temiendo que el exceso de las semillas puestas á la venta fuese perjudicial á la sericultura del país, ha adoptado una legislación restrictiva que tiende á limitar la confeccion de los cartones y á impedir el establecimiento de los grandes criaderos. Así es como ha prohibido sucesivamente la venta de los capullos para formar las semillas, que cada cual deberá procurarse desde hoy en adelante mediante sus propios capullos. El gobierno ha reservado el monopolio de la confeccion de cartones y ha limitado el número. Cada criador debe designar de antemano el número de los cartones que debe adquirir. En fin, los puntos y los días de venta se determinan y fijan en cada provincia por la autoridad.

Antes de 1865 estaba prohibida toda exportacion de semillas, y todo japonés sorprendido haciendo el contrabando de cartones era inmediatamente castigado con la muerte. No obstante los beneficios tan considerables que este comercio proporcionaba á los indigenas, no les impidieron recurrir á las prácticas más desleales, á las falsificaciones

más monstruosas. Así es que se pegaba en los cartones todo lo que se parecía á las semillas, y se vendían bivoltinos por gusanos anuales. Las pérdidas que estos engaños ocasionaron á los sericultores extranjeros fueron considerables, y se dirigieron las reclamaciones más enérgicas por el cónsul italiano al gobierno japonés. Ese funcionario tuvo bastante influencia para obtener que cada carton llevase en adelante la estampilla gubernamental y que los bivoltinos fuesen distinguidos de los anuales por timbres diferentes. En fin, un sistema de vigilancia muy riguroso vino á hacer, si no imposibles, muy difíciles al ménos las falsificaciones. Al mismo tiempo los consulados frances é italiano pusieron su estampilla en los cartones para garantir la procedencia. Los que llevaban la marca de Julio se pagaban más caros que los otros en los mercados europeos, porque se tenía la seguridad de que no había en ellos bivoltinos. En 1871, los italianos renunciaron á la estampilla, que sólo se ha conservado para las semillas destinadas á Francia.

Algunas veces se encuentran tambien en los cartones ciertas marcas especiales puestas por los comerciantes japoneses y que indican, ya la cantidad de la semilla, ya su procedencia, ya el nombre del comerciante, ora tambien el del criador. No hay lugar á inquietarse por esta manera de reclamo frecuentemente empleado en Europa.

Después de haber indicado la importancia siempre creciente de este comercio, que no ha tenido origen hasta hace una docena de años, no dejará de ser interesante estudiar cómo se obtienen esas semillas que tan léjos vamos á buscar.

Como ántes hemos dicho, cada habitante produce él mismo sus cartones, lo que sólo sucede desde que el gobierno permite le exportacion, en que se han establecido por él dos criaderos en Shimamoussa y en Oueda, en las provincias de Moushashi y de Sinshiou. Cada criador escoge los capullos que destina á la produccion de las semillas y los extiende sobre esteras de bambú cubiertas de hojas de papel con agujeros, por donde pasan las mariposas nacidas al salir el sol y van á la superficie á buscar la luz y el calor. Entónces se entrecogen las mariposas, es decir, se destruyen las feas y deformes, y se las parea en un lugar oscuro. Es de regla servirse sólo una vez de las mariposas machos para que la raza sea más bella y más vigorosa; no obstante, cuando se tienen en número muy corto hay necesidad de parearlas por segunda vez. En seguida se depositan las hembras en cartones vacios, donde se las deja poner hasta el dia siguiente, en que se las traslada á nuevos cartones; pero esta segunda cosecha pasa por ser inferior. En cuanto á los cartones, confeccionados con la corteza de un árbol muy conocido en el país, el *Morus papyrifera*, tiene

(1) *La sericulture, le commerce des soies et des graines et l'industrie de la soie au Japon.*—Lyon, Georg, in 8.º

35 centímetros de ancho por 22 de longitud, y están cubiertos por enmedio de 25 gramos de semilla. Su construcción, concentrada al principio en establecimientos inspeccionados por el gobierno, depende hoy completamente de su administración. En las provincias de Sinshiou y de Oshiou, se colocan, unos al lado de otros, una docena de cartones, que se rodean con un marco de madera á fin de impedir que las mariposas se salgan, lo cual se explica porque los cartones de esa procedencia están llenos hasta los bordes. Puede suceder, sin embargo, que haya un vacío en el carton; entónces se fija una hembra en ese lugar, clavándole en un ala un alfiler, y se la obliga á poner en el sitio que no está cubierto de semillas. Algunas veces tambien los criadores poco escrupulosos colocan en esos lugares semillas artificiales, siendo con frecuencia muy difícil de reconocer el fraude. Conservados por los japoneses en cajas de papel, deben suspenderse los cartones en un lugar seco, bien ventilado y donde no se perciba ningun olor; despues, en los primeros dias de Febrero, se mojan durante un dia entero en agua fria, á fin de quitar el polvo, y, dicen tambien los japoneses, porque las semillas vigorosas y sanas que deben dar nacimiento á los gusanos hermosos son las únicas que pueden resistir á este tratamiento. En el Japon mismo, ciertas provincias, tales como la de Oshiou y la de Sinshiou, tenían el privilegio de suministrar semillas á todo el país, y todavia hoy son estas semillas las más estimadas, merced á las precauciones de todo género que saben tomar los semilleros japoneses, y las que más caras se venden en los mercados europeos.

GABRIEL MARCEL.

(*La Nature.*)

---

## CRÓNICA CIENTÍFICA.

---

### SISTEMA TELEGRÁFICO PARA ANUNCIAR LOS INCENDIOS.

Se ha hablado mucho de la creación de un sistema de avisos en los casos de incendios por medio de la telegrafía eléctrica. Un ingeniero de Lieja, M. Rau, propone un sistema nuevo, que ya está establecido en Amsterdam y en Francfort.

Existen en cada una de estas dos ciudades 148 estaciones telegráficas de llamada para pedir auxilios. Estas estaciones están establecidas en los lugares más frecuentados por el público, como talleres en que hay obreros continuamente, farmacias, despachos de tabacos, teatros, bibliotecas, etc. Su emplazamiento se indica al público por carteles permanentes colocados en las calles.

Las estaciones de llamada no exigen ningun co-

nocimiento de la manipulación de los aparatos telegráficos. Comprenden un aparato encerrado en una caja de cristal. Ábrese el cristal, y tirando de un cordón de campanilla, se trasmite á la estación central una señal especial á cada puesto de llamada. Así advertido, se pueden dirigir auxilios al puesto que los pide, el cual se supone, con razón, es el más próximo al lugar del siniestro.

La primera persona que lleva al puesto de llamada la noticia de un incendio y ha tocado la campanilla de alarma, no puede, bajo ningun pretexto, alejarse del puesto ántes de la llegada de los auxilios. Además, el empleado estacionado siempre delante de los aparatos recibe una prima por cada anuncio de incendio.

Las dos redes, la de llamada y la de cambio, convergen á la estación central, la cual está provista de un receptor Morse de acción automática y de una campanilla de alarma tal, que si un puesto llama y el empleado no se encuentra al lado de la mesa que contiene el aparato, la campanilla funciona sola. Si, por el contrario, advertido por la campanilla de la llegada del mensaje, el empleado se aproxima á la mesa, éste no tiene más que tocar con el pié en un pedal colocado de cierta manera, para que la estación de llamada reciba una señal convenida (las oscilaciones de la aguja de un galvanómetro). El puesto de llamada queda así informado de que su aviso ha sido comprendido.

Hé aquí realizada una parte de la misión de la red telegráfica, es decir, el anuncio. Faltan tomar inmediatamente las medidas relativas á los auxilios y enviarlos.

La estación central trasmite á todas las estaciones el nombre de la estación telegráfica más próxima al incendio, dando la voz de alarma y haciendo dirigir á aquella todos los auxilios necesarios.

La elección de los locales y la situación de dos categorías de estaciones, de cambio y de llamada, lo mismo que la de la estación central, dependen de las condiciones locales y administrativas de cada ciudad. En Hamburgo, donde tambien está establecido este sistema, no están en el mismo edificio la oficina central de policía y el cuartel central de los obreros, por cuya razón ha habido que unir ambos edificios á la red de cambio y á la de llamada. Resultan, pues, dos estaciones centrales, cada una de las cuales puede ser llamada por 95 puntos del interior de la ciudad.

M. Rau propone generalizar este sistema en las grandes ciudades, y nos parece bien concebido y organizado con bastante método.

LUIS FIGUIER.

---

## CRÓNICA MUSICAL.

## LA TRILOGIA DE WAGNER.

Bayreuth, 14 de Agosto.

Salgo de la primera audición del *Rheingold*.—Sala magnífica como disposición (no hay palcos; un inmenso anfiteatro con galería en lo alto para los soberanos y los príncipes); orquesta invisible, de una sonoridad exquisita, y compuesta de elementos admirables; excelentes trompas, instrumentos de metal asombrosos por su gravedad, reforzados por una octava de tubos de órgano de diez y seis pies, de tal suerte, que á cada momento se sorprende uno de oír prolongar, en las últimas profundidades de la orquesta, sonidos de una dulzura en la intensidad y de una seguridad en el pianísimo admirables. La acústica, por esta disposición de la orquesta, hace que se confundan absolutamente las notas de órgano y los bajos de los trombones.

En la sala, toda la Alemania musical, todas las notabilidades artísticas de Italia, Inglaterra, Bélgica y algunas francesas.

La obra empieza por un prelude sobre un pedal del *mi bemol* grave. El tema, cuya testura no sale de las armonías del acorde perfecto, se reproduce al infinito, pero siempre variado en ritmo; cada instrumento de la orquesta lo coge á su vez, y resulta una fluctuación, un movimiento de sonoridad vaga y armoniosa, sobre el eterno *mi bemol* del pedal, que representa admirablemente la inmensa profundidad de un gran río alemán con sus grandes, tranquilas y cadenciosas ondulaciones (1).

El telón se levanta; las hijas del Rhin guardan el tesoro en el fondo de las aguas. La mélopa y recitado son exquisitos de gracia y de frescura. Toda esta primera parte es encantadora; las voces de las tres ninfas se mezclan deliciosamente.

Después del robo del tesoro por el Nibelung Alberico, la orquesta preludia suavemente, en *menor*, sonidos graves de oboe y de corno inglés. El segundo cuadro representa al dios Wotan y á su mujer, preguntándose cómo pagarán á los gigantes el palacio que les han construido, y si será preciso entregar á Freia, conforme á la promesa de Wotan. Mientras dura este diálogo, los instrumentos de metal preludian con bastante armonía en la media tinta. Los gigantes tienen una hermosa entrada, que anuncia la gran voz del trombon y de los contrabajos.

El dios Loge tiene una frase muy bien dicha, que arrebató al auditorio (única manifestación que ha

ocurrido durante estas dos horas y media de música sin interrupción). «Por todas partes donde hay vida y acción, en el agua, sobre la tierra, en los aires, he preguntado mucho, sondeándolo todo; he preguntado lo que había mejor que las mujeres y el amor; se me han reído en mis narices, etc.» Larga consulta, siempre en recitado. Los gigantes llevan á Freia en rehenes.

Paréceme que había aquí una bella situación musical que podía tratarse; por una parte, los dioses impotentes ante los gigantes; por otra, la pobre Freia arrebatada; y, en fin, los dos gigantes dominándolo todo y omnipotentes: esto podía ser grande y patético. Wagner no parece haberse dado cuenta de ello, y no hay sino un largo recitado.

Toda esta segunda parte me parece floja. La opinión de las personas imparciales se ha traducido generalmente por la palabra «fastidio».

*Tercer cuadro:*

Los dioses Loge y Wotan bajan á la caverna del Nibelung Alberico para robarle su tesoro y darlo á los gigantes en rescate de Freia.

La orquesta llega á ser terrible; sinfonía fantástica; los furiosos de la orquesta se desencadenan con violencia. Una máquina de vapor arroja nubes de humo con un ruido muy conocido, pero poco musical, en mi concepto; la orquesta se apaga; el surtidor de vapor continúa solo, con un ruido ritmado de tenazas: esto debe producir horror; ¿es el vapor, son las tenazas?... Algunas veces el horror está muy próximo al ridículo. En la fundición de las balas de Freychute, Weber empleó medios más sencillos, y alcanzó su objeto... así lo creo.

Estamos en casa de los Nibelungen; canción de un Nibelung sobre un bonito ritmo de trompa, desgraciadamente muy parecido al de la sinfonía en *la* de Mendelssohn. La canción empieza y no parece que acaba. El Nibelung Alberico se convierte en serpiente, en sapo; serpiente cuyos movimientos de terrible mandíbula indica la orquesta por sonidos lentos de trombon, parecidos al rebuzno del asno y á la melodía imitativa del *Sueño de una noche de verano*. Después de todo, como no he oído cantar nunca á una serpiente, bien puede ser que imite al asno. El sapo se expresa en terceras saltadas por dos clarinetes.

Los dos triunfadores de Alberico se quedan solos; la orquesta se hace armoniosa; apenas si se oye otra cosa que el cuarteto que recuerda el prelude de este drama primitivo.

*Cuarta parte:*

Los gigantes devuelven á Freia. Se les paga su rescate.

Todo esto en recitados.

Aparición de una hada.—Gran final.—La grandeza de movimiento habitual en Wagner cuando en-

(1) El *Desierto*, de Feliciano David, nos ha dado, hace tiempo, una muestra de este género de efecto.

cuentra la frase musical y cuando la elevación de su genio músico alcanza la de su instinto y de su aspiración artística, se encuentra aquí. Las sonoridades de la orquesta crecen poco á poco y ascienden robustas y poderosas á medida que los dioses se acercan sobre el arco-iris que conduce á la Walhalla. El dios Wotan canta; todos cantan; todo es grande y bello.

Hé ahí, en pocas palabras, el bosquejo demasiado rápido de una larga melopea. Es difícil juzgar en dos horas una obra largo tiempo meditada. No se puede tener de ella sino una impresión vaga.

En lo que no cabe duda es que la primera parte ha encontrado simpático al público inteligente, el cual se ha mostrado lleno de recogimiento; que las otras dos iban dirigidas más bien á la inteligencia que á los sentimientos de ese mismo público, y que es menester un constante esfuerzo de atención para escuchar este drama de fondo muy sencillo y muy poco musical; que sus dos partes intermedias carecen de verdadera música, aunque hay en ellas muchas notas hábilmente compuestas; que, en fin, comenzando la cuarta parte como las dos precedentes, acaba grande y poéticamente; en ella vuelve á aparecer la música.

Las decoraciones bellísimas: fondo del Rhin encantador de misterio y de poesía; caverna de Alberico, de sombrío terror, muy bien representada; tempestad, relámpagos, arco-iris curiosamente imitados (el arco-iris es el que menos me gusta).

Buena representación; voces robustas y muy frescas; el dios Loge, barítono-tenor, excelente actor y excelente cantante. Exceptuando una tercera ninfa y un primer gigante que cantan un tanto desafinados, afinamiento bastante general.

Después de caer el telón, el público, en pequeña parte, ha aclamado y pedido que saliera Wagner, que no se ha presentado. La mayoría aplaudía suavemente y por cortesía. Una pequeña fracción chicheaba, pero tímidamente.

Mañana la *Walkure*.—X.

Bayreuth, 15 de Agosto.

La representación de la *Walkure* ha empezado hoy á las cuatro para terminar á las diez de la noche, con dos entreactos de una hora cada uno. (Se me olvidó decir en mi primera carta que el *Rheingold*, que debía empezar á las cinco, á petición del emperador empezó á las siete).

Ayer el público acogió con bastante frialdad una obra notable de color antiguo y sencilla, si bien desprovista enteramente de acción dramática y de poder escénico: historias de enanos, anillos encantados, tesoros robados, gigantes, dioses poco interesantes, cuyo embrollo mitológico no apasiona; *Las mil y una noches* y los cuentos de Perrault nos

han fastidiado en este terreno, y la mandíbula terrible de una serpiente en la escena nos hace soltar la carcajada...

Hoy nos encontramos en presencia de un drama; este drama nos interesa porque es humano, y la pasión humana, en cualquier edad de la historia del mundo que se represente en el teatro, es siempre la misma. Si el poeta ha dado al músico una situación verdaderamente dramática, será menester en el músico una gran torpeza para que á su vez no cree una hermosa página.

El poema del primer acto de la *Walkure* es conmovedor en su antigua sencillez. Desde las primeras notas de la orquesta invisible, el auditorio se siente transportado á las regiones del grande arte. Un prelude terrible; sobre un *re* de una larga persistencia, los violines cantan, ora en *crescendo*, ora en *diminuendo*, mientras los bajos y contrabajos en la orquesta suben y bajan sobre un ritmo bastante vivo los grados de la escala.

Dos bellas explosiones de sonoridad; tempestad. El telón se levanta; llega Siegmundo, sin armas (el tenor Niemann). Duo con Sieglinda; el cuarteto reina sólo en la orquesta; después los clarinetes, los violoncelos; las trompas se envían unas á otras una deliciosa frase que será el fondo del tejido musical de todo este acto. Excelente recitado de Siegmundo contando cómo ha sido desarmado. Quiere partir: «Quedaos; no podeis traer mayor desgracia á la casa donde estais.» Entrada de Hunding, esposo de Sieglinda. Mientras están en la mesa, la orquesta preludia con una exquisita dulzura sobre el tema de que hemos hablado, variándolo al infinito, ya sea por la sonoridad de los instrumentos de viento, ya por muy ingeniosos giros de una invención encantadora.—Duo de amor entre Siegmundo y Sieglinda: ésta es la verdadera y buena melodía, muy poética, muy elevada y muy vibrante de pasión.—Tal vez se pueda criticar en la primera frase de este duo (la del tenor) su carácter demasiado silábico. La voz no tiene tiempo de fijarse en sonidos demasiado rápidos; el cantor parece recitar una lección bien aprendida: acaso la voz gutural y pesada del intérprete merezca sólo llevar el peso de nuestra censura. Os lo decía ayer: no se puede juzgar así una obra en primera audición; no puedo sino traduciros una impresión inmediata.

Sin embargo, el duo crece en pasión y en amplitud de expresión musical; y cuando Siegmundo arranca el puño de la espada que está metida en el gran roble; cuando, después de un soberbio *crescendo*, estalla el *fa* sostenido agudo de las trompetas, con una sonoridad que vibra en el oído como en nuestros ojos la chispa de la hoja de un puñal, el espectador se siente arrebatado y aplaude: es bello.

*Segundo acto.*—La orquesta es violenta; despues de levantarse el telon entra Brunnhilda (Mad. Materna, contratada de nuevo en Viena para la próxima estacion). Luégo viene un largo duo entre Fricka y Wottan. Volvemos á la serie de los interminables recitados de ayer; hermosos movimientos despertan de cuando en cuando la atencion del auditorio en este largo diálogo musical de Wottan, Fricka y Brunnhilda; graciosos comienzos de frases en todo este acto, pero la puerta del cielo entreabierto, se cierra al instante. ¡Estamos en presencia de la tierra prometida, y esperamos! Notemos, sin embargo, la extraña entrada de Brunnhilda, que volvemos á ver en el acto siguiente en el canto de las Walkuren. Siegmundo y Hunding se baten: rota la espada de Siegmundo por Wottan, aquel muere á manos de Hunding.

Wottan mata á Hunding de una mirada. Este acto es el ménos interesante de los tres: ¿de quién es la culpa? ¿del poeta ó del músico? La cuestion no puede resolverse en pocas palabras.

*Tercer acto.*—Allegro en la orquesta; ritmo encantador lleno de movimiento y color; las tonalidades en *re* mayor y en *si* menor se suceden con una vivacidad y un color asombrosos. Los violines lanzan al aire cohetes de un atrevimiento vertiginoso; las trompas y las trompetas repiten brillantes toques. Las Walkuren llegan, cantan en coro (son nueve) el estribillo tan curioso que hemos oido á Brunnhilda en el acto anterior. Hay en ello un perfume salvaje y antigua leyenda (digo antigua, no porque haya nada viejo en esta inspiracion musical, sino porque parece de otro mundo, de otro arte, sin dejar de ser esencialmente franca y muy vocal).

Por lo demas, una expresion y una finura sin igual: era imposible pintar mejor esos seres fantásticos, casi inconscientes y formados para obedecer.

Toda esta escena está tratada de mano maestra. ¡El conjunto de voces de mujeres acaricia tan agradablemente nuestros oidos! Hace dos dias que no habiamos apénas oido cantar dos voces á un mismo tiempo.

Despues del canto de las Walkyrias, Brunnhilda viene á cantar la muerte de Siegmundo; Sieglinda, á quien Brunnhilda protege y ha recogido, quiere morir despues de aquel á quien amaba. Hay en esta doble relacion movimientos dramáticos soberbios y acentos desgarradores. Brunnhilda tiene una admirable frase musical en estas palabras: «No mueras, porque llevas en tu seno un grande héroe para el porvenir.»

Luégo llega Wottan. Las Walkyrias están aún allí; un conjunto corto, pero muy penetrante. Suplican á Wottan; sus gritos se hacen cada vez más violentos. Wottan, gran justiciero, es inexorable. Brunnhilda, que ha desobedecido, se desmaya y cae:

despues del ruido de la orquesta, no se oye en el último trémolo de los violines más que una linda frase de saxofon. Brunnhilda, volviendo en sí, cuenta por qué ha desobedecido; los instrumentos se pasan y vuelven á pasar un sentimental diseño melódico. La relacion de Brunnhilda es larga; al final su melopea se hace extremadamente patética é interesante en estas palabras:

«Te he desobedecido, pero sabía que hacía lo que tu corazon deseaba. Siento doblemente lo que mi deber tiene de penoso.»

Wottan le dice adios; sonoridades de orquesta notables, flautas, trémolos agudos de violines, trompas y trombones pianísimo.

Brunnhilda se duerme al pié de una encina. Este fin es delicioso de poesia, de dulzura y de calma. Los instrumentos de metal reproducen, bajo un contra-motivo penetrante y en la media tinta, la bella frase ya oida en la relacion de Brunnhilda. Se han callado las sonoridades violentas; un movimiento dulce y lento reina sólo en la orquesta. Todo se duerme mientras que la llama sobrenatural que protege á Brunnhilda sube al cielo.

Este acto está á la altura del primero; es la obra de un gran poeta y de un gran músico. Ejecucion muy satisfactoria; el escenario soberbio. Mad. Materna, excelente actriz, tiene una voz segura, muy sonora, muy igual, que sube hasta el *do* agudo con gran desenvoltura, á más de una inteligencia de primer órden. Por lo demas, la sala es tan sonora, que todas las voces me parecen espléndidas.—X.

(Concluirá.)

---

## BOLETIN DE LAS ASOCIACIONES CIENTÍFICAS.

---

### Congreso científico de Clermont-Ferrand.

SECCION DE ANTROPOLOGÍA.—18 Y 19 AGOSTO.

Constitúyese la mesa, siendo elegidos: presidente, M. Mortillet; vicepresidentes, Pommerol y Topinard, y secretarios Collineau y Daleau.

A propuesta de M. Hovelacque se elige por aclamacion presidente honorario al Sr. D. Francisco María Tubino, como uno de los promovedores más celosos de los estudios antropológicos en España.

\*\*\*

*El Sr. Tubino* da lectura á una importante Memoria sobre la poblacion de la peninsula ibérica. La tesis del autor es la demostracion de las diferencias que existen entre los habitantes de las diversas provincias de España y Portugal. En las razas es-

pañolas no se encuentra ninguna unidad de origen ni complexión. Los asturianos y los gallegos difieren absolutamente y á primera vista de los catalanes; los castellanos no tienen nada de comun con los andaluces y los valencianos. Sin embargo, se puede establecer una doble división á grandes rasgos entre los pueblos más rechonchos y pesados de las regiones de los Pirineos, y los de las orillas del Mediterráneo, que son esbeltos y delgados. Se encuentra además una población rubia, de ojos claros, en Ronda, cerca de Gibraltar: estos son, según el Sr. Tubino, vestigios de los Berberes rubios originarios de Fenicia.

En los países vascos los rubios y los morenos están mezclados de un modo casi inextricable. En las demás provincias del Norte de España se encuentran frecuentemente los ojos azules, mientras que los morenos están más extendidos al Sur y al Este. Los portugueses pertenecen en su mayor parte á la naturaleza de los habitantes del Norte de España. En esta última región las gentes tienen un temperamento flemático, mientras que en el Sur, y especialmente en Andalucía, el temperamento es vivo. No hay solamente diferencia, sino hasta antítesis y oposición.

La diferencia moral de las diversas provincias de España es evidente en la Historia. En la época de la Reconquista se hicieron mezclas en diferentes grados entre el elemento europeo y el elemento asiático, de cuyas mezclas salieron los Mozárabes. En el siglo XVI, el fracaso de la gran revolución llamada de los *Comuneros* tuvo por causa la falta de unidad entre las diversas poblaciones insurrectas contra la monarquía autoritaria. Por la misma razón vieron desaparecer los fueros los aragoneses. Merced á esta poca cohesión de las provincias españolas, la autocracia unitaria ensanchó su poder por todas partes; sin embargo, las provincias conservan en el fondo toda su vitalidad, como se demostró perfectamente á principios de este siglo cuando la invasión francesa; en la guerra de la Independencia contra Napoleón se explotó, para excitar á la resistencia, la pasión de los pueblos españoles por sus fueros amenazados por la centralización.

Bajo el punto de vista del lenguaje, reina la misma diversidad. No hay más que restos de los antiguos idiomas de la península ibérica. Sólo en la Edad Media se encuentran los primeros testimonios de las lenguas actuales, las cuales, á excepción del vasco, proceden todas del latín. El castellano es contemporáneo del catalán, del cual difiere extraordinariamente. Pero, aunque el primero ha llegado á ser el idioma oficial, no se halla establecido en todo el Estado. En el país vasco, el castellano es considerado como un dialecto extranjero. En Cataluña, todos, ricos y pobres, habitantes de las ciudades y

aldeanos, hablan el catalán, y el castellano sólo tiene allí una existencia oficial. En el reino de Valencia y en Mallorca las clases populares usan dialectos del catalán, pero la sociedad más educada se sirve usualmente del castellano. Lo mismo sucede con el gallego, que era una lengua aparte, bastante cercana al portugués, y que diariamente pierde mucho terreno ante el castellano. Este lucha todavía en Vizcaya y en Cataluña, y ya ha vencido en las demás partes; pero las diferencias de pronunciación tan marcadas que se observan de provincia á provincia demuestran también las diferencias que hay en España en el terreno de la lingüística, lo mismo que en el de la etnología. El Sr. Tubino promete publicar en breve un mapa lingüístico de España.

El desenvolvimiento artístico en España revela la misma diversidad. Hay lo menos cinco escuelas dotadas de caracteres bien marcados, cinco focos de actividad bien distintos. Sin embargo, se pueden observar dos tendencias generales en las artes: en el Sur proceden del clasicismo, de la escuela italiana; en el Norte las obras de arte tienen una fisonomía claramente romántica.

Lo mismo sucede en las cuestiones de derecho. El derecho civil catalán difiere del derecho castellano. En Galicia la propiedad está constituida según un espíritu individualista pronunciado, y, por el contrario, se observa en Extremadura y Andalucía cierta tendencia al colectivismo. La misma variedad se observa naturalmente en las costumbres, en los bailes y en los instrumentos de música populares: hasta el culto reviste distintos caracteres en el Norte y en el Mediodía. En el Norte las imágenes de santos son muy raras y poco veneradas, relativamente á la prodigiosa iconolatría que reina en el Mediodía.

Así, pues, no hay raza española, ni medio de establecer en la península ibérica un Estado centralizador; la federación de las diferentes unidades puede constituir un estado de cosas duradero, y ya es tiempo de que la ciencia antropológica, penetrando en el dominio político, le imprima una dirección fecunda que impida en el porvenir ensayos siempre perjudiciales.

\*\*\*

*M. Broca:* Sin seguir al Sr. Tubino en el terreno político en que ha entrado al fin de su notable trabajo, debo decirle que la misma diversidad que observa en la población española existe en todas partes, en menor grado quizá, pero existe. Se ha querido formar una política etnológica, deduciendo las teorías del pangermanismo y del panslavismo, pero semejantes teorías no han echado raíces en Francia. Aquí se ha reconocido siempre la multiplicidad de las razas galas. Las únicas grandes barreras

de los Estados son los límites geográficos, y la civilización hará poco á poco la unidad española, como ha hecho la unidad francesa y como ha creado en Francia el régimen actual, que durará y se perpetuará. Pero volvamos á la antropología.

El Sr. Tubino nos ha dado los informes más completos sobre la etnografía de la Península; desgraciadamente ha sido muy breve en la parte relativa á los caracteres antropológicos de los pueblos españoles. Verdad es que conocemos muy poco acerca de esto, y que apenas tenemos nada que nos ilustre en craneología. Es preciso recoger á toda costa grandes colecciones de cráneos de las diversas regiones de España. Sabido es cómo he podido procurarme algunos cráneos vascos; pero he pedido y vuelto á pedir cráneos de otras provincias y nada he podido obtener.

Hablando de los Berberes como uno de los elementos constitutivos de la población de España, el Sr. Tubino está de acuerdo conmigo. Hay una verdadera solidaridad antropológica entre la Península y el Norte de Africa y aún las islas Canarias. Iré más lejos, y señalaré las analogías, que ya he hecho observar, entre la raza de Cro-Magnon y los Guanches de Tenerife. Creo que en una época anterior á la ruptura del Estrecho de Gibraltar extendíase una capa de población, al ménos desde el Perigord hasta Africa, al Norte, y hasta las Canarias al Sur. Nada de fenicios ni de celtas en la época cuaternaria. La semejanza de los cráneos vascos españoles con los cráneos berberes me ha llamado siempre la atención. En las cavernas de las cercanías de Gibraltar, que se remontan verosímilmente hasta la edad de la piedra pulimentada, se han encontrado cráneos cuya similitud con los de los vascos de mi colección ha llamado mucho la atención de M. Busk, como ántes había llamado la mia. Pero el Sr. Tubino atribuye á un movimiento ascendente de los colonos fenicios la existencia de los rubios de la Bética, ya observada por Silius Itálicus. También se hablaba en la antigüedad de rubios en la Lybia. El Sr. Tubino los cree de origen asiático, y cierto club slavogermánico ha pretendido que los Caldeos rubios habían venido á Europa por el Africa septentrional. Se ven muchos rubios en las pinturas de los monumentos egipcios; pero esos rubios son de la Lybia y no proceden de Fenicia. Son los Tamahons que atacaron á Egipto en el siglo XIV ántes de nuestra era. Comprendo que el Sr. Tubino ha sido llevado á esa idea por el hecho que yo tengo establecido de que los celtas eran pequeños y morenos. Pero yo he dicho también que su civilización venía del Norte y se la había dado un pueblo rubio. Este último ha atravesado todos esos países, dejando en ellos colonias que han sido absorbidas por el elemento moreno. Hay, por lo demas, pocos rubios en Tunisia;

solo hay dos ó tres grupos importantes en la Argelia; pero en Marruecos, segun M. Tissot, forman la tercera parte de la población en general, y hay regiones donde constituyen las cinco sextas partes de los habitantes. Los monumentos megalíticos de Africa y de Andalucía se parecen mucho, pero no se pueden confundir, porque los primeros contienen hierro y los segundos no contienen más que bronce y aún piedra pulimentada.

\*\*\*

*M. Pomel:* En otra ocasión he hecho constar la presencia de rubios en Argelia; pero bajo el punto de vista geológico no puedo aceptar comunicación entre España y Marruecos en la época cuaternaria. No hay documentos acerca del plioceno; pero en la época del mioceno el Riff estaba separado por la mar del Norte de Africa.

\*\*\*

*M. Hovelacque:* Las observaciones del Sr. Tubino han demostrado perfectamente cuán peligroso es confundir el pueblo con la raza. En lo que concierne á la influencia fenicia no hay pruebas bastantes. La promesa de un mapa lingüístico de España me ha interesado vivamente; pero el Sr. Tubino hará bien en llevar sus investigaciones sobre los límites del catalan hasta el Rosellon en Francia. Otro punto que le indico para sus investigaciones antropológicas es la determinación de la época en que empieza el flujo periódico de las mujeres.

\*\*\*

*El Sr. Tubino* promete hacer todos los esfuerzos imaginables para formar una buena colección de cráneos españoles, y repite su ofrecimiento de publicar en breve la carta lingüística que prepara.

#### Origen de la polka.

En 1830, segun dice el *Algemeine Familien Zeitung*, una joven campesina, que servía en casa de un vecino de Elbeteinir, en Bohemia, se fastidiaba sola un domingo en su cocina, y, para distraerse, se puso á ensayar una danza rústica á la cual adaptó el aire de una canción de su aldea. Vinieron sus amos mientras ella danzaba; pero, lejos de reñirla, la hicieron repetir por la noche su baile en el salon, donde se hallaba el músico José Neruda, quien anotó la música y los pasos. La nueva danza fué bailada algun tiempo despues en un baile organizado en la ciudad. En 1835 se danzó en Praga, donde, á causa del medio paso de este baile, se le llamó *pulka*, que en tcheque quiere decir *mitad*.

Cuatro años despues una banda de música de Praga introdujo en Viena la nueva danza, la cual obtuvo un gran éxito en la capital. En 1840 un bailarín de Praga, nombrado Raab, bailó por primera vez la polka en el teatro del Odeon de Paris: desde entónces la polka se popularizó por todo el globo. La primera polka que se imprimió fué la compuesta por un tal Francisco Hilmar, músico de Kopidleo.